# LA UNIVERSIDAD DE CHILE

## 1842-1992

## Cuatro textos de su historia

ANDRÉS BELLO

DIEGO BARROS ARANA

JUVENAL HERNÁNDEZ

JAIME LAVADOS MONTES

EDITORIAL UNIVERSITARIA

# LA UNIVERSIDAD DE CHILE
# 1842-1992

Colección
FUERA DE SERIE

© 1993, UNIVERSIDAD DE CHILE
Inscripción Nº 87.267. Santiago de Chile
Derechos para esta edición reservados por
© EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A.
María Luisa Santander 0447. Fax: 56-2-2099455
Santiago de Chile

ISBN 956-11-0943-3
Código interno: 011081-7

Texto compuesto con matrices *Linotron Palatino 11/16*

Se terminó de imprimir esta edición
en los talleres de Editorial Universitaria
San Francisco 454. Santiago de Chile
en el mes de octubre de 1993

CUBIERTA
Detalle del monumento a Andrés Bello
Casa Central de la Universidad de Chile
Fotografía de *Juan Meza-Lopehandía*

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

# LA UNIVERSIDAD DE CHILE

## 1842 - 1992

## Cuatro textos de su historia

ANDRÉS BELLO

DIEGO BARROS ARANA

JUVENAL HERNÁNDEZ J.

JAIME LAVADOS MONTES

EDITORIAL UNIVERSITARIA

# ÍNDICE

*Presentación*
9

ANDRÉS BELLO
Discurso en la instalación de la Universidad de Chile
17 de septiembre de 1843
11

DIEGO BARROS ARANA
Discurso en el Quincuagésimo Aniversario de la
Universidad de Chile
17 de septiembre de 1893
31

JUVENAL HERNÁNDEZ JAQUE
Discurso en el Centenario de la Universidad de Chile
19 de noviembre de 1942
49

JAIME LAVADOS MONTES
Discurso en el Sesquicentenario
de la Universidad de Chile
19 de noviembre de 1992
67

*La conmemoración del Sesquicentenario de la Universidad de Chile dio lugar a una profunda reflexión sobre el pasado, presente y futuro de la Corporación. Otros hitos o efemérides, como la Ceremonia de Instalación de la Universidad, la celebración del Cincuentenario y del Centenario, también generaron importantes definiciones doctrinarias y pensamientos que han quedado en diversos documentos, entre los cuales destacan los discursos de los rectores que presidían la Universidad en cada uno de aquellos momentos.*

*Editorial Universitaria ha querido sumarse a la conmemoración del 150 aniversario de esta casa de estudios a través de la publicación de los discursos de cuatro rectores eminentes: el de don Andrés Bello, pronunciado el 17 de septiembre de 1843, al instalarse la Universidad; el de don Diego Barros Arana, con ocasión del Cincuentenario, el 17 de septiembre de 1893; el de don Juvenal Hernández Jaque, al conmemorarse el Centenario de la promulgación de la Ley Orgánica, el 19 de noviembre de 1942 y el del doctor Jaime Lavados Montes, en la celebración del Sesquicentenario, el 19 de noviembre de 1992.*

*De esta forma, se reúne en este volumen una pequeña pero importante colección de documentos esenciales para la historia de una Universidad cuya labor ha gravitado en forma decisiva en el desarrollo cultural y material del país.*

*Desde el célebre discurso en que don Andrés Bello propuso un nuevo paradigma de Universidad para responder a las necesidades de las jóvenes repúblicas americanas, hasta la alocución pronunciada por el rector Jaime Lavados, en que se plantean las proyecciones de la Universidad frente a las incitaciones y requerimientos de una nueva era, se advierte la continuidad de una tradición que, sin embargo, parece lo suficientemente flexible como para adaptarse a las condiciones y tareas que ha planteado cada época.*

# Andrés Bello

## *DISCURSO EN LA INSTALACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE*

17 de septiembre de 1843

*El Presidente de la República, acompañado de los Señores Ministros del Despacho, de diputaciones de las dos Cámaras Legislativas, de los Tribunales y Corporaciones, de un gran número de funcionarios civiles y militares, y de los alumnos del Instituto Nacional, se dirigió a las 12 del día 17 de septiembre a uno de los salones del edificio de la antigua Universidad. El Sr. Ministro Vicepatrono* presentó a S.E. el Cuerpo Universitario, leyó los nombres de los miembros que lo componen, y recitó la fórmula del juramento, que presentaron todos simultáneamente y de pie, levantando el brazo derecho. El Rector y Decanos recibieron en seguida de manos de S.E. las insignias de los respectivos encargos.*

*Se declaró instalada la Universidad de Chile y el mismo Sr. Ministro pronunció un breve discurso, alusivo al acto y a los fines con que se ha restablecido sobre nuevas bases este Cuerpo. A este discurso siguió el del Rector, concebido en estos términos:*

*Ocupaba el cargo de Presidente de la República el Patrono de la Universidad de Chile, D. Manuel Bulnes, siendo su Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública D. Manuel Montt.

EL CONSEJO DE LA UNIVERSIDAD ME HA ENCARGADO EXPRESAR A NOMBRE del cuerpo, nuestro profundo agradecimiento por las distinciones y la confianza con que el supremo gobierno se ha dignado honrarnos. Debo también hacerme el intérprete del reconocimiento de la Universidad por la expresión de benevolencia en que el señor ministro de instrucción pública se ha servido aludir a sus miembros. En cuanto a mí, sé demasiado que esas distinciones y esa confianza las debo mucho menos a mis aptitudes y fuerzas que a mi antiguo celo (esta es la sola cualidad que puedo atribuirme sin presunción), por la difusión de las luces y de los sanos principios, y a la dedicación laboriosa con que he seguido algunos ramos de estudios, no interrumpidos en ninguna época de mi vida, no dejados de la mano en medio de graves tareas. Siento el peso de esta confianza; conozco la extensión de las obligaciones que impone; comprendo la magnitud de los esfuerzos que exige. Responsabilidad es ésta que abrumaría, si recayese sobre un solo individuo, una inteligencia de otro orden, y mucho mejor preparada que ha podido estarlo la mía. Pero me alienta la cooperación de mis distinguidos colegas del consejo, y el cuerpo todo de la Universidad. La ley (afortunadamente para mí) ha querido que la dirección de los estudios fuese la obra común del cuerpo. Con la asistencia del Consejo, con la actividad ilustrada y patriótica de las diferentes facultades; bajo los auspicios del gobierno, bajo la influencia de la libertad, espíritu vital de las instituciones chilenas, me es lícito esperar que el caudal precioso de ciencia y talento, de que ya está en posesión la Universidad, se aumentará, se difundirá velozmente, en beneficio de la religión, de la moral, de la libertad misma, y de los intereses materiales.

La Universidad, señores, no sería digna de ocupar un lugar en nuestras instituciones sociales, si (como murmuran algunos ecos oscuros de declamaciones antiguas) el cultivo de las ciencias y de

las letras pudiese mirarse como peligroso bajo un punto de vista moral, o bajo un punto de vista político. La moral (que yo no separo de la religión) es la vida misma de la sociedad; la libertad es el estímulo que da un vigor sano y una actividad fecunda a las instituciones sociales. Lo que enturbie la pureza de lo moral, lo que trabe el arreglado pero libre desarrollo de las facultades individuales y colectivas de la humanidad y —digo más— lo que las ejercite infructuosamente, no debe un gobierno sabio incorporarlo en la organización del estado. Pero en este siglo, en Chile, en esta reunión, que yo miro como un homenaje solemne a la importancia de la cultura intelectual: en esta reunión, que, por una coincidencia significativa, es la primera de las pompas que saludan al día glorioso de la patria, al aniversario de la libertad chilena, yo no me creo llamado a defender las ciencias y las letras contra los paralogismos del elocuente filósofo de Ginebra, ni contra los recelos de espíritus asustadizos, que con los ojos fijos en los escollos que han hecho zozobrar al navegante presuntuoso, no querrían que la razón desplegase jamás las velas, y de buena gana la condenarían a una inercia eterna, más perniciosa que el abuso de las luces a las causas mismas porque abogan. No para refutar lo que ha sido mil veces refutado, sino para manifestar la correspondencia que existe entre los sentimientos que acaba de expresar el señor ministro de instrucción pública y los que animan a la Universidad, se me permitirá que añada a las de su señoría algunas ideas generales sobre la influencia moral y política de las ciencias y de las letras, sobre el ministerio de los cuerpos literarios, y sobre los trabajos especiales a que me parecen destinadas nuestras facultades universitarias en el estado presente de la nación chilena.

Lo sabéis, señores: todas las verdades se tocan, desde las que formulan el rumbo de los mundos en el piélago del espacio; desde

las que determinan las agencias maravillosas de que dependen el movimiento y la vida en el universo de la materia; desde las que resumen la estructura del animal, de la planta, de la masa inorgánica que pisamos; desde las que revelan los fenómenos íntimos del alma en el teatro misterioso de la conciencia, hasta las que expresan las acciones y reacciones de las fuerzas políticas; hasta las que sientan las bases inconmovibles de la moral; hasta las que determinan las condiciones precisas para el desenvolvimiento de los gérmenes industriales; hasta las que dirigen y fecundan las artes. Los adelantamientos en todas líneas se llaman unos a otros, se eslabonan, se empujan. Y cuando digo los adelantamientos en todas líneas comprendo sin duda los más importantes a la dicha del género humano, los adelantamientos en el orden moral y político. ¿A qué se debe este progreso de civilización, esta ansia de mejoras sociales, esta sed de libertad? Si queremos saberlo, comparemos a la Europa y a nuestra afortunada América con los sombríos imperios del Asia, en que el despotismo hace pesar su cetro de hierro sobre cuellos encorvados de antemano por la ignorancia, o con las hordas africanas, en que el hombre, apenas superior a los brutos es, como ellos, un artículo de tráfico para sus propios hermanos. ¿Quién prendió en la Europa esclavizada las primeras centellas de libertad civil? ¿No fueron las letras? ¿No fue la herencia intelectual de Grecia y Roma, reclamada, después de una larga época de oscuridad, por el espíritu humano? Allí, allí tuvo principio este vasto movimiento político, que ha restituido sus títulos de ingenuidad a tantas razas esclavas; este movimiento, que se propaga en todos sentidos, acelerado continuamente por la prensa y por las letras; cuyas ondulaciones, aquí rápidas, allá lentas, en todas partes necesarias, fatales, allanarán por fin cuantas barreras se les opongan, y cubrirán la superficie del globo. Todas las verdades se tocan; y yo extiendo

esta aserción al dogma religioso, a la verdad teológica. Calumnian, no sé si diga a la religión o a las letras, los que imaginan que pueda haber una antipatía secreta entre aquéllas y éstas. Yo creo, por el contrario, que existe, que no puede menos que existir, una alianza estrecha entre la revelación positiva y esa otra revelación universal que habla a todos los hombres en el libro de la naturaleza. Si entendimientos extraviados han abusado de sus conocimientos para impugnar el dogma, ¿qué prueba esto, sino la condición de las cosas humanas? Si la razón humana es débil, si tropieza y cae, tanto más necesario es suministrarle alimentos sustanciosos y apoyos sólidos. Porque extinguir esta curiosidad, esta noble osadía del entendimiento, que le hace arrostrar los arcanos de la naturaleza, los enigmas del porvenir, no es posible, sin hacerlo al mismo tiempo, incapaz de todo lo grande, insensible a todo lo que es bello, generoso, sublime, santo; sin emponzoñar las fuentes de la moral; sin afear y envilecer la religión misma. He dicho que todas las verdades se tocan, y aún no creo haber dicho bastante. Todas las facultades humanas forman un sistema, en que no puede haber regularidad y armonía sin el concurso de cada una. No se puede paralizar una fibra (permítaseme decirlo así), una sola fibra del alma, sin que todas las otras enfermen.

Las ciencias y las letras, fuera de este valor social, fuera de esta importancia que podemos llamar instrumental, fuera del barniz de amenidad y elegancia que dan a las sociedades humanas, y que debemos contar también entre sus beneficios, tienen un mérito suyo, intrínseco, en cuanto aumentan los placeres y goces del individuo que las cultiva y las ama; placeres exquisitos, a que no llega el delirio de los sentidos; goces puros, en que el alma no se dice a sí misma:

*...Medio de fonte leporum*
*sugit amari aliquid, quod in ipsis floribus angit.*

(LUCRECIO)

De en medio de la fuente del deleite
un no sé qué de amargo se levanta,
que entre el halago de las flores punza.

Las ciencias y la literatura llevan en sí la recompensa de los trabajos y vigilias que se les consagran. No hablo de la gloria que ilustra las grandes conquistas científicas; no hablo de la aureola de inmortalidad que corona las obras del genio. A pocos es permitido esperarlas. Hablo de los placeres más o menos elevados, más o menos intensos, que son comunes a todos los rangos en la república de las letras. Para el entendimiento, como para las otras facultades humanas, la actividad es en sí misma un placer; placer que, como dice un filósofo escocés[1], sacude de nosotros aquella inercia a que de otro modo nos entregaríamos en daño nuestro y de la sociedad. Cada senda que abren las ciencias al entendimiento cultivado, le muestra perspectivas encantadas; cada nueva faz que se le descubre en el tipo ideal de la belleza, hace estremecer deliciosamente el corazón humano, criado para admirarla y sentirla. El entendimiento cultivado oye en el retiro de la meditación las mil voces del coro de la naturaleza: mil visiones peregrinas revuelan en torno a la lámpara solitaria que alumbra sus vigilias. Para él solo, se atavía la creación de toda su magnificencia, de todas sus galas. Pero las letras y las ciencias, al mismo

[1]Tomás Brown.

tiempo que dan un ejercicio delicioso al entendimiento y a la imaginación, elevan el carácter moral. Ellas debilitan el poderío de las seducciones sensuales; ellas desarman de la mayor parte de sus terrores a las vicisitudes de la fortuna. Ellas son (después de la humilde y contenta resignación del alma religiosa) el mejor preparativo para la hora de la desgracia. Ellas llevan el consuelo al lecho del enfermo, al asilo del proscrito, al calabozo, al cadalso. Sócrates, en vísperas de beber la cicuta, ilumina su cárcel con las más sublimes especulaciones que nos ha dejado la antigüedad gentílica sobre el porvenir de los destinos humanos. Dante compone en el destierro su *Divina Comedia*. Lavoisier pide a sus verdugos un plazo breve para terminar una investigación importante. Chénier, aguardando por instantes la muerte, escribe sus últimos versos, que deja incompletos para marchar al patíbulo:

*Comme un dernier rayon, comme un dernier zéphire*
*anime la fin d'un beau jour,*
*au pied de l'échafaud j'essaie encor ma lyre.*

Cual rayo postrero,
cual aura que anima
el último instante
de un hermoso día,
al pie del cadalso
ensayo mi lira.

Tales son las recompensas de las letras; tales son sus consuelos. Yo mismo, aun siguiendo de tan lejos a sus favorecidos adoradores, yo mismo he podido participar de sus beneficios, y saborearme con sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi

vida, y conservan todavía algunos matices del alma, como la flor que hermosea las ruinas. Ellas han hecho aún más por mí; me alimentaron en mi larga peregrinación, y encaminaron mis pasos a este suelo de libertad y de paz, a esta patria adoptiva, que me ha dispensado una hospitalidad tan benévola.

Hay otro punto de vista, en que tal vez lidiaremos con preocupaciones especiosas. Las universidades, las corporaciones literarias, ¿son un instrumento a propósito para la propagación de las luces? Mas apenas concibo que pueda hacerse esa pregunta a una edad que es por excelencia la edad de la asociación y la representación; en una edad en que pululan por todas partes las sociedades de agricultura, de comercio, de industria, de beneficencia; en la edad de los gobiernos representativos. La Europa, y los Estados Unidos de América, nuestro modelo bajo tantos respectos, responderán a ella. Si la propagación del saber es una de sus condiciones más importantes, porque sin ellas las letras no harían más que ofrecer unos pocos puntos luminosos en medio de densas tinieblas, las corporaciones a que se debe principalmente la rapidez de las comunicaciones literarias hacen beneficios esenciales a la ilustración y a la humanidad. No bien brota en el pensamiento de un individuo una verdad nueva, cuando se apodera de ella toda la república de las letras. Los sabios de la Alemania, de la Francia, de los Estados Unidos, aprecian su valor, sus consecuencias, sus aplicaciones. En esta propagación del saber, las academias, las universidades, forman otros tantos depósitos, a donde tienden constantemente a acumularse todas las adquisiciones científicas; y de estos centros es de donde se derraman más fácilmente por las diferentes clases de la sociedad. La Universidad de Chile ha sido establecida con este objeto especial. Ella, si corresponde a las miras de la ley que le ha dado su nueva forma, si corresponde a los deseos de

nuestro gobierno, será un cuerpo eminentemente expansivo y propagador.

Otros pretenden que el fomento dado a la instrucción científica se debe de preferencia a la enseñanza primaria. Yo ciertamente soy de los que miran la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el gobierno; como una necesidad primera y urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas. Pero, por eso mismo, creo necesario y urgente el fomento de la enseñanza literaria y científica. En ninguna parte ha podido generalizarse la instrucción elemental que reclaman las clases laboriosas, la gran mayoría del género humano, sino donde han florecido de antemano las ciencias y las letras. No digo yo que el cultivo de las letras y de las ciencias traiga en pos de sí, como una consecuencia precisa, la difusión de la enseñanza elemental; aunque es incontestable que las ciencias y las letras tienen una tendencia natural a difundirse, cuando causas artificiales no las contrarían. Lo que digo es que el primero es una condición indispensable de la segunda; que donde no exista aquél, es imposible que la otra, cualesquiera que sean los esfuerzos de la autoridad, se verifique bajo la forma conveniente. La difusión de los conocimientos supone uno o más hogares, de donde salga y se reparta la luz, que, extendiéndose progresivamente sobre los espacios intermedios, penetre al fin las capas extremas. La generalización de la enseñanza requiere gran número de maestros competentemente instruidos; y las aptitudes de éstos sus últimos distribuidores son, ellas mismas, emanaciones más o menos distantes de los grandes depósitos científicos y literarios. Los buenos maestros, los buenos libros, los buenos métodos, la buena dirección de la enseñanza, son necesariamente la obra de una cultura intelectual muy ade-

lantada. La instrucción literaria y científica es la fuente de donde la instrucción elemental se nutre y se vivifica; a la manera que en una sociedad bien organizada, la riqueza de la clase más favorecida de la fortuna, es el manantial de donde se deriva la subsistencia de las clases trabajadoras, y el bienestar del pueblo. Pero la ley, al plantear de nuevo la universidad, no ha querido fiarse solamente de esa tendencia natural de la ilustración a difundirse, y a que la imprenta da en nuestros días una fuerza y una movilidad no conocidas antes; ella ha unido íntimamente las dos especies de enseñanza; ella ha dado a una de las secciones del cuerpo universitario el encargo especial de velar sobre la instrucción primaria, de observar su marcha, de facilitar su propagación, de contribuir a sus progresos. El fomento, sobre todo, de la instrucción religiosa y moral del pueblo, es un deber que cada miembro de la universidad se impone por el hecho de ser recibido en su seno.

La ley que ha establecido la antigua universidad sobre nuevas bases, acomodadas al estado presente de la civilización y a las necesidades de Chile, apunta a los grandes objetos a que debe dedicarse este cuerpo. El señor ministro vicepatrono ha manifestado también las miras que presidieron a la refundición de la Universidad, los fines que en ella se propone el legislador, y las esperanzas que es llamada a llenar; y ha desenvuelto de tal modo estas ideas, que, siguiéndole en ellas, apenas me sería posible hacer otra cosa que un ocioso comentario a su discurso. Añadiré con todo algunas breves observaciones que me parecen tener su importancia.

El fomento de las ciencias eclesiásticas, destinado a formar dignos ministros del culto, y en último resultado a proveer a los pueblos de la república de la competente educación religiosa y moral, es el primero de estos objetos y el de mayor trascendencia.

Pero hay otro aspecto bajo el cual debemos mirar la consagración de la universidad a la causa moral y de la religión. Si importa el cultivo de las ciencias eclesiásticas para el desempeño del ministerio sacerdotal, también importa generalizar entre la juventud estudiosa, entre toda la juventud que participa de la educación literaria y científica, conocimientos adecuados del dogma y de los anales de la fe cristiana. No creo necesario probar que ésta debiera ser una parte integrante de la educación general, indispensable para toda profesión, y aun para todo hombre que quiera ocupar en la sociedad un lugar superior al ínfimo.

A la facultad de leyes y ciencias política se abre un campo, el más vasto, el más susceptible y de aplicaciones útiles. Lo habéis oído: la utilidad práctica, los resultados positivos, las mejoras sociales, es lo que principalmente espera de la Universidad el gobierno; es lo que principalmente debe recomendar sus trabajos a la patria. Herederos de la legislación del pueblo rey, tenemos que purgarla de las manchas que contrajo bajo el influjo maléfico del despotismo; tenemos que despejar las incoherencias que deslustran una obra a que han contribuido tantos siglos, tantos intereses alternativamente dominantes, tantas inspiraciones contradictorias. Tenemos que acomodarla, que restituirla a las instituciones republicanas. ¿Y qué objeto más importante o más grandioso que la formación, el perfeccionamiento de nuestras leyes orgánicas, la recta y pronta administración de justicia, de seguridad de nuestros derechos, la fe de las transacciones comerciales, la paz del hogar doméstico? La Universidad, me atrevo a decirlo, no acogerá la preocupación que condena como inútil o pernicioso el estudio de las leyes romanas; creo, por el contrario, que le dará un nuevo estímulo y lo asentará sobre bases más amplias. La Universidad verá probablemente en ese estudio el mejor aprendizaje de la lógica jurídica y forense. Oigamos sobre este punto el

testimonio de un hombre a quien seguramente no se tachará de parcial a doctrinas antiguas; a un hombre que en el entusiasmo de la emancipación popular y de la nivelación democrática ha tocado tal vez al extremo. "La ciencia estampa en el derecho su sello; su lógica sienta los principios, formula los axiomas, deduce las consecuencias, y saca de la idea de lo justo, reflejándola, inagotables desenvolvimientos. Bajo este punto de vista, el derecho romano no reconoce igual; se pueden disputar algunos de sus principios; pero su método, su lógica, su sistema científico, lo han hecho y lo mantienen superior a todas las otras legislaciones; sus textos son la obra maestra del estilo jurídico; su método es el de la geometría aplicado en todo su rigor al pensamiento moral". Así se explica L'Herminier, y ya antes Leibniz había dicho: "In jurisprudentia regnant (romani). Dixi saepius post scripta geometrarum nihil extare quod vi ac subtilitate cum romanorum jurisconsultorum scriptis comparari possit: tantum nervi inest; tantum profunditatis".

La Universidad estudiará también las especialidades de la sociedad chilena bajo el punto de vista económico, que no presenta problemas menos vastos, ni de menos arriesgada resolución. La Universidad examinará los resultados de la estadística chilena, contribuirá a formarla, y leerá en sus guarismos la expresión de nuestros intereses materiales. Porque en éste, como en los otros ramos, el programa de la Universidad es enteramente chileno: si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia, es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la patria.

La medicina investigará, siguiendo el mismo plan, las modificaciones peculiares que dan al hombre chileno su clima, sus costumbres, sus alimentos; dictará las reglas de la higiene privada

y pública; se desvelará por arrancar a las epidemias el secreto de su germinación y de su actividad devastadora; y hará, en cuanto es posible, que se difunda a los campos el conocimiento de los medios sencillos de conservar y reparar la salud. ¿Enumeraré ahora las utilidades positivas de las ciencias matemáticas y físicas, sus aplicaciones a una industria naciente, que apenas tiene en ejercicio unas pocas artes simples, groseras, sin procederes bien entendidos, sin máquinas, sin algunos aun de los más comunes utensilios; sus aplicaciones a una tierra cruzada en todos sentidos de veneros metálicos, a un suelo fértil de riquezas vegetales, de sustancias alimenticias; a un suelo sobre el que la ciencia ha echado apenas una ojeada rápida?

Pero, fomentando las aplicaciones prácticas, estoy muy distante de creer que la Universidad adopte por su divisa el mezquino *cui bono*? y que no aprecie en su justo valor el conocimiento de la naturaleza en todos sus variados departamentos. Lo primero, porque, para guiar acertadamente la práctica, es necesario que el entendimiento se eleve a los puntos culminantes de la ciencia, a la apreciación de sus fórmulas generales. La Universidad no confundirá, sin duda, las aplicaciones prácticas con las manipulaciones de un empirismo ciego. Y lo segundo, porque, como dije antes, el cultivo de la inteligencia contemplativa que descorre el velo de los arcanos del universo físico y moral, es en sí mismo un resultado positivo y de la mayor importancia. En este punto, para no repetirme, copiaré las palabras de un sabio inglés, que me ha honrado con su amistad: "Ha sido —dice el doctor Nicolás Arnott—, ha sido una preocupación el creer que las personas instruidas así en las leyes generales tengan su atención dividida, y apenas les quede tiempo para aprender alguna cosa perfectamente. Lo contrario, sin embargo, es lo cierto; porque los conocimientos generales hacen más claros y precisos los conocimientos par-

ticulares. Los teoremas de la filosofía son otras tantas llaves que nos dan entrada a los más deliciosos jardines que la imaginación puede figurarse; son una vara mágica que nos descubre la faz del universo y nos revela infinitos objetos que la ignorancia no ve. El hombre instruido en las leyes naturales está, por decirlo así, rodeado de seres conocidos y amigos, mientras el hombre ignorante peregrina por una tierra extraña y hostil. El que por medio de las leyes generales puede leer en el libro de la naturaleza, encuentra en el universo una historia sublime que le habla de Dios, y ocupa dignamente su pensamiento hasta el fin de sus días".

Paso, señores, a aquel departamento literario que posee de un modo peculiar y eminente la cualidad de pulir las costumbres; que afina el lenguaje, haciéndolo un vehículo fiel, hermoso, diáfano, de las ideas; que, por el estudio de otros idiomas vivos y muertos, nos pone en comunicación con la antigüedad y con las naciones más civilizadas, cultas y libres de nuestros días; que nos hace oír, no por el imperfecto medio de las traducciones siempre y necesariamente infieles, sino vivos, sonoros, vibrantes, los acentos de la sabiduría y la elocuencia extranjera; que, por la contemplación de la belleza ideal y de sus reflejos en las obras del genio, purifica el gusto, y concilia con los raptos audaces de la fantasía los derechos imprescriptibles de la razón; que, iniciando al mismo tiempo el alma en sus estudios severos, auxiliares necesarios de la bella literatura, y preparativos indispensables para todas las ciencias, para todas las carreras de la vida, forma la primera disciplina del ser intelectual y moral, expone las leyes eternas de la inteligencia a fin de dirigir y afirmar sus pasos, y desenvuelve los pliegues profundos del corazón, para preservarlo de extravíos funestos, para establecer sobre sólidas bases los derechos y deberes del hombre. Enumerar estos diferentes objetos es presentaros, señores, según yo lo concibo, el programa de la Universidad en la

sección de filosofía y humanidades. Entre ellos, el estudio de nuestra lengua me parece de una alta importancia. Yo no abogaré jamás por el purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma; creo, por el contrario, que la multitud de ideas nuevas, que pasan diariamente del comercio literario a la circulación general, exige voces nuevas que las representen. ¿Hallaremos en el diccionario de Cervantes y de fray Luis de Granada —no quiero ir tan lejos—, hallaremos en el diccionario de Iriarte y Moratín medios adecuados, signos lúcidos para expresar las nociones comunes que flotan hoy día sobre las inteligencias medianamente cultivadas, para expresar el pensamiento social? ¡Nuevas instituciones, nuevas leyes, nuevas costumbres; variadas por todas partes a nuestros ojos la materia y las formas; y viejas voces, vieja fraseología! Sobre ser desacordada esa pretensión, porque pugnaría con el primero de los objetos de la lengua, la fácil y clara transmisión del pensamiento, sería del todo inasequible. Pero se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad, y aun a las de la moda, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su genio. ¿Es acaso distinta de la de Pascal y Racine, la lengua de Chateaubriand y Villemain? ¿Y no transparenta perfectamente la de estos dos escritores el pensamiento social de la Francia de nuestros días, tan diferente de la Francia de Luis XIV? Hay más: demos anchas a esta especie de culteranismo; demos carta de nacionalidad a todos los caprichos de un extravagante neologismo; y nuestra América reproducirá dentro de poco la confusión de idiomas, dialectos y jerigonzas, el caos babilónico de la Edad Media; y diez pueblos perderán uno de sus vínculos más poderosos de fraternidad, uno de sus más preciosos instrumentos de correspondencia y comercio.

La Universidad fomentará no sólo el estudio de las lenguas, sino de las literaturas extranjeras. Pero no sé si me engaño. La opinión de aquellos que creen que debemos recibir los resultados sintéticos de la ilustración europea, dispensándonos del examen de sus títulos, dispensándonos del proceder analítico, único medio de adquirir verdaderos conocimientos, no encontrará muchos sufragios en la Universidad. Respetando, como respeto, las opiniones ajenas y reservándome sólo el derecho de discutirlas, confieso que tan poco propio me parecería para alimentar el entendimiento, para educarle y acostumbrarle a pensar por sí, el atenernos a las conclusiones morales y políticas de Herder, por ejemplo, sin el estudio de la historia antigua y moderna, como el adoptar los teoremas de Euclides sin el previo trabajo intelectual de la demostración. Yo miro, señores, a Herder como a uno de los escritores que han servido más útilmente a la humanidad: él ha dado toda su dignidad a la historia, desenvolviendo en ella los designios de la Providencia, y los destinos a que es llamada la especie humana sobre la Tierra. Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los hechos, sino ilustrarlos, explicarlos; ni se puede apreciar su doctrina sino por medio de previos estudios históricos. Sustituir a ellos deducciones y fórmulas, sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones, de los grandes pueblos y de los grandes hombres; sería quitar al moralista y al político las convicciones profundas que sólo pueden nacer del conocimiento de los hechos; sería quitar a la experiencia del género humano el saludable poderío de sus avisos, en la edad, cabalmente que es más susceptible de impresiones durables; sería quitar al poeta una inagotable mina

de imágenes y de colores. Y lo que digo de la historia me parece que debemos aplicarlo a todos los otros ramos del saber. Se impone de este modo al entendimiento la necesidad de largos, es verdad, pero agradables estudios. Porque nada hace más desabrida la enseñanza que las abstracciones, y nada la hace más fácil y amena sino el proceder que, amoblando la memoria, ejercita al mismo tiempo al entendimiento y exalta la imaginación. El raciocinio debe engendrar al teorema, los ejemplos graban profundamente las lecciones.

¿Y pudiera yo, señores, dejar de aludir, aunque de paso, en esta rápida reseña, a la más hechicera de las vocaciones literarias, al aroma de la literatura, al capitel corintio, por decirlo así, de la sociedad culta? ¿Pudiera, sobre todo, dejar de aludir a la excitación instantánea, que ha hecho aparecer sobre nuestro horizonte esa constelación de jóvenes ingenios que cultivan con tanto ardor la poesía? Lo diré con ingenuidad: Hay incorrección en sus versos; hay cosas que una razón castigada y severa condena. Pero la corrección es la obra del estudio y de los años; ¿quién pudo esperarla de los que, en un momento de exaltación, poética y patriótica a un tiempo, se lanzaron a esa nueva arena, resueltos a probar que en las almas chilenas arde también aquel fuego divino, de que por una preocupación injusta se las había creído privadas? Muestras brillantes, y no limitadas al sexo que entre nosotros ha cultivado hasta ahora casi exclusivamente las letras, la habían refutado ya. Ellos la han desmentido de nuevo. Yo no sé si una predisposición parcial hacia los ensayos de las inteligencias juveniles extravía mi juicio. Digo lo que siento: hallo en esas obras destellos incontestables del verdadero talento, y aun con relación a algunas de ellas, pudiera decir, del verdadero genio poético. Hallo, en algunas de esas obras, una imaginación original y rica, expresiones felizmente atrevidas, y (lo que parece que sólo pudo

dar un largo ejercicio) una versificación armoniosa y fluida, que busca de propósito las dificultades para luchar con ellas y sale airosa de esta arriesgada prueba. La Universidad, alentando a nuestros jóvenes poetas, les dirá tal vez: "Si queréis que vuestro nombre no quede encarcelado entre la cordillera de los Andes y la mar del Sur, recinto demasiado estrecho para las aspiraciones generosas del talento; si queréis que os lea la posteridad, haced buenos estudios, principiando por el de la lengua nativa. Haced más; tratad asuntos dignos de vuestra patria y de la posteridad. Dejad los tonos muelles de la lira de Anacreonte y de Safo: la poesía del siglo XIX tiene una misión más alta. Que los grandes intereses de la humanidad os inspiren. Palpite en vuestras obras el sentimiento moral. Dígase cada uno de vosotros, al tomar la pluma: Sacerdote de las Musas, canto para las almas inocentes y puras:

*...Musarum sacerdos,*
*virginibus puerisque canto.*

(HORACIO)

¿Y cuántos temas grandiosos no os presenta ya vuestra joven república? Celebrad sus grandes días, tejed guirnaldas a sus héroes; consagrad la mortaja de los mártires de la patria. La Universidad recordará al mismo tiempo a la juventud aquel consejo de un gran maestro de nuestros días: "Es preciso, decía Goethe, que el arte sea la regla de la imaginación y la transforme en poesía".

¡El arte! Al oír esta palabra, aunque tomada de los labios mismos de Goethe, habrá algunos que me coloquen entre los partidarios de las reglas convencionales, que usurparon mucho

tiempo ese nombre. Protesto solemnemente contra semejante aserción; y no creo que mis antecedentes la justifiquen. Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar al poeta a nombre de Aristóteles y Horacio, y atribuyéndoles a veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles a la mirada de lince del genio competentemente preparado; creo que hay un arte que guía a la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que sin ese arte la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Esta es mi fe literaria. Libertad en todo; pero yo no veo libertad, sino embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación.

La libertad, como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otra a la desarreglada licencia que se rebela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano, será sin duda el tema de la Universidad en todas sus diferentes secciones.

Pero no debo abusar más tiempo de vuestra paciencia. El asunto es vasto; recorrerlo a la ligera es todo lo que me ha sido posible. Siento no haber ocupado más dignamente la atención del respetable auditorio que me rodea, y le doy las gracias por la indulgencia con que se ha servido escucharme.

# Diego Barros Arana

## *DISCURSO EN EL QUINCUAGÉSIMO ANIVERSARIO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE*

17 de septiembre de 1893

*En brillante ceremonia efectuada en el Salón de Actos de la Casa Universitaria se celebró el Quincuagésimo Aniversario de la Universidad de Chile. La reunión contó con la asistencia del Presidente de la República*, Ministros de Estado, Presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados, miembros del cuerpo diplomático y representantes de las más destacadas actividades nacionales y la sociedad de la época.*

*Ejercía la Presidencia de la República D. Jorge Montt y el cargo de Ministro de Instrucción Pública y Justicia D. Joaquín Rodríguez Rosas.

LA UNIVERSIDAD DE CHILE SE REÚNE HOY PARA CELEBRAR EL QUINCUAGÉsimo aniversario de su nacimiento.

La República había disfrutado poco más de veinte años de independencia efectiva. Después de un largo período de crisis tremenda, había conseguido asentar y afianzar felizmente sus nuevas instituciones. A la sombra de éstas, la paz pública era un hecho asegurado; y en casi todas las manifestaciones de la vida social se veía aparecer una era de satisfactoria prosperidad. El desenvolvimiento intelectual, a que todos los gobiernos habían prestado apoyo desde los primeros albores de la revolución, marchaba, sin embargo, por causas que el esfuerzo del hombre no puede remover eficazmente, con desesperante lentitud. Se había fomentado la enseñanza pública, se habían creado el Instituto Nacional y dos colegios análogos en La Serena y en Concepción; se habían traído algunos profesores distinguidos del extranjero; pero se necesitaba dar cohesión y fuerza a esos elementos, desarrollándolos en mayor escala. Para el logro de esos fines se pensó en el establecimiento de un cuerpo docente y científico al cual confiar, con arreglo a las prescripciones del código constitucional de 1833, la dirección y la vigilancia de este importante ramo de la administración. Este fue el origen de la Universidad de Chile.

El 17 de septiembre de 1843 se celebraba en esta ciudad de Santiago una aparatosa fiesta. En el Salón de Honor de la antigua Universidad de San Felipe, destinado entonces a sala de sesiones de la Cámara de Diputados, se había reunido una numerosa concurrencia. En el estrado que se levantaba al frente y a los costados del salón, ocupaban sus asientos casi todos los hombres que, en esos días de tranquilidad y de bienestar públicos, mostraban interés por el progreso intelectual de nuestro país. El acto era presidido por el Jefe del Estado, el general don Manuel Bulnes, que al prestigio del mando unía el de la gloria alcanzada en una

reciente guerra exterior. Cerca de él se hallaban los altos dignatarios del Estado, y los representantes del Poder Legislativo y del Poder Judicial. Los bancos laterales estaban ocupados por los individuos de la nueva Universidad que se trataba de instalar. Aquella asamblea reunía todas las condiciones externas más apropiadas para darle autoridad y respeto.

Entre los recuerdos más fijos y más gratos de mi niñez, conservo el de esa significativa ceremonia. Los alumnos del Instituto Nacional asistimos en cuerpo. Se nos colocó en rigurosa formación en la parte baja que formaba el centro de la sala. Allí presenciamos un acto que, por su solemnidad, debía impresionarnos vivamente, pero cuya trascendencia en el progreso de la patria chilena sólo mucho más tarde habíamos de apreciar.

Cuando se hubo leído la lista de los miembros de la nueva corporación (¡ah! ¡todos han desaparecido!), y cuando aquéllos, poniéndose de pie y levantando la mano derecha, hubieron prestado el juramento tradicional, se adelantó hasta la mesa presidencial un anciano de talla regular, de facciones finas y correctas, de aire modesto y distinguido. Vestía el traje oficial de la Universidad: casaca verde y pantalón blanco, y llevaba al cinto un espadín, como lo llevaban entonces en las grandes ceremonias muchos de los más pacíficos funcionarios de la administración pública. Tomando en sus manos un rollo de papeles, aquel anciano dio lectura con voz suave e insinuante, y en medio de respetuoso silencio, a una disertación sobre los beneficios que procura el cultivo de las ciencias y de las letras. La ceremonia se dio por terminada con la declaración solemne de que la Universidad de Chile quedaba instalada.

Casi no necesito deciros que ese anciano era don Andrés Bello, el sabio más eminente que hasta hoy ha producido la América antes española. El discurso que leyó ese día era el pro-

grama elegante y razonado de los trabajos que debía realizar el cuerpo universitario cuya dirección se le había confiado. Después de cincuenta años, puede todavía leerse ese discurso con vivo interés, y sacarse de él provechosos consejos para el estudio perseverante en los diversos ramos del saber humano, y para la formación del gusto en literatura y en poesía.

Fue sin duda una fortuna para la Universidad de Chile el contar a don Andrés Bello como su primer Rector, y el tenerlo a su cabeza durante los primeros veintidós años de labor. El prestigio de su nombre, su talento probado en numerosos escritos, y la extensión tan variada como profunda de sus conocimientos, dieron a la nueva institución autoridad y crédito dentro y fuera de Chile, así como la suavidad de su carácter y la incansable actividad de su espíritu, allanaron felizmente muchas de las dificultades y de los tropiezos que la Universidad debía hallar en su camino. Aunque sostenida por la acción oficial, y aunque apoyada por la cooperación de casi todos los hombres que en Chile tenían afición al estudio y a la enseñanza, había ella encontrado desde el primer día resistencias, contradictorias entre sí, en las opiniones más extremas del criterio público. Unos creían que, proclamando la libertad de discusión, la Universidad iba a poner en peligro la subsistencia de las ideas tradicionales que se consideraban el fundamento del orden social. Otros sostenían que la nueva institución, imponiendo sus doctrinas, iba a coartar el vuelo al pensamiento y a convertirse, más o menos francamente, en sostén del vetusto régimen intelectual que la revolución política y social de 1810 no había alcanzado a modificar. Don Andrés Bello se empeñó en demostrar que entre esas tendencias extremas, había un vasto campo de acción para la Universidad, e imprimió al movimiento universitario el único rumbo que era conciliable entonces con el estado incipiente de nuestra cultura

intelectual. Su obra fue de iniciación; pero ella debía abrir el camino a un progreso más firme y más sostenido.

Hoy, cuando la Universidad de Chile cumple medio siglo de vida, es tiempo de preguntarse si ha correspondido al objeto que se tuvo en vista al crearla. Cuentan las historias que los conquistadores del suelo americano, después de haber ocupado una nueva porción de territorio, suspendían momentáneamente su carrera de trabajos y de fatigas, para reconocer si la conquista hecha correspondía o no a los esfuerzos y sacrificios que costaba. Nosotros podríamos practicar hoy igual reconocimiento en el campo de labor que la Universidad ha recorrido para implantar y desarrollar la ilustración en la patria chilena. Para ello sería necesario trazar una prolija historia que enumerase a la vez las enormes dificultades vencidas, las resistencias de varios órdenes, que en todo o en parte han sido gradualmente dominadas, y los resultados grandes o pequeños que nos ha sido dado alcanzar. Vamos a consignar sólo algunos rasgos generales que despertarán vuestros recuerdos.

La fundación de la Universidad había hecho nacer en muchos espíritus las más halagüeñas esperanzas. Entonces, como en 1813 y en 1819, cuando se creó y cuando se restableció el Instituto Nacional, se pensaba que la nueva institución iba a cambiar en pocos años el estado intelectual del país, a propagar rápidamente la enseñanza sólida en todo el territorio y a difundir la ciencia hasta colocarnos antes de mucho a la altura de los países más adelantados. Los que eso creían, debieron sufrir poco más tarde una dolorosa decepción. Nuestro progreso debía forzosamente ser lento, a pesar del celo desplegado por el poder público para acelerarlo.

La observación científica que ha comprobado que en la evolución del mundo material no pueden operarse cambios radicales

instantáneos, ha demostrado también que el progreso social, obra de los más variados factores, no puede desenvolverse sino en relación con ellos; y que la acción humana, por vigorosa que sea es impotente para efectuar transformaciones absolutas en la situación moral e intelectual de un pueblo. La influencia de la voluntad del hombre se ejerce en proporciones mucho más limitadas que aquellas a que aspira nuestro anhelo. La intervención de la Universidad, aun suponiéndola dirigida con el mayor discernimiento y con la más resuelta energía, era insuficiente para remover en Chile todos los obstáculos creados por el estado social del país, por preocupaciones inveteradas, y por la falta de hábitos de verdadero estudio y del estímulo público, que sólo habían de desarrollarse paulatinamente.

Los que más tarde han acusado a esta Corporación de no haber operado el prodigio de transformar en breve tiempo nuestra manera de ser en el orden literario y científico, parecen desconocer el punto de partida de ese esfuerzo, la acción combinada de causas múltiples que rigen esa clase de hechos, y por fin, la ineficacia relativa de los medios que suelen emplearse para apresurar el progreso, cuando ellos no encuentran la conveniente cooperación del medio social en que se vive.

Todo bien considerado, sería temerario decir que la acción universitaria ha sido estéril. En el dominio de las letras y de las ciencias, y en el campo de la enseñanza pública, ella se ha hecho sentir con progresos claros y ostensibles. Si todos sus esfuerzos no han sido felizmente encaminados, si halló en las causas insinuadas obstáculos que no le eran dado vencer de frente, su obra no ha sido en manera alguna infecunda. A ella somos en buena parte deudores de los adelantos alcanzados en aquella esfera de la actividad social.

Se debe a la Universidad la creación de nuestra historia nacio-

nal. Es menester transportarse a la época en que fue creado el cuerpo universitario para apreciar cuán poco se sabía entonces acerca de nuestro pasado. Una oscuridad casi completa reinaba sobre los tiempos de la Conquista y de la Colonia; y la historia de la revolución de la independencia, recordada por la tradición relativamente reciente, era de tal manera incierta y había sido de tal modo desfigurada por las preocupaciones sociales y por las pasiones políticas, que los escritos de los periódicos en que solían recordarse algunos accidentes de ella contenían los errores más extraordinarios e inconcebibles. Esa perturbación del criterio, creada por las leyendas tradicionales, había oscurecido por completo el espíritu de los acontecimientos y la relación natural de causas y de efectos, había hecho desaparecer toda lógica racional en el encadenamiento y en la sucesión de aquéllos, y había fabricado héroes más o menos fantásticos, deprimiendo a algunos de los más grandes servidores de la patria y dejando a otros en completo olvido. Hasta el año de 1843, casi no se contaban sobre nuestra historia más que consejas aisladas y vulgares, sin enlace y sin coordinación.

Las memorias elaboradas por diversos individuos de la Universidad iniciaron a este respecto una seria revolución, y crearon en nuestro país una verdadera escuela histórica. Los estatutos de la Corporación pedían simples disertaciones sobre un punto determinado. Los individuos que recibieron ese encargo acometieron con ardor el trabajo de investigación, consultaron correctamente la tradición autorizada, prepararon verdaderos libros sobre períodos más o menos extensos de nuestro pasado, y dieron a luz valiosos documentos para facilitar el trabajo a los futuros exploradores. Casi todas esas memorias fueron valiosas revelaciones históricas que interesaron sobremanera a los contemporáneos, que rectificaron el criterio público, y que hoy mismo se leen

con agrado. Algunas de ellas poseen un notable valor literario, y en cierto modo, son modelos del género narrativo. Si más tarde ha podido ensancharse el campo de la investigación, y si han podido acopiarse nuevos materiales, ampliarse la narración de los hechos, haciendo entrar en ella accidentes históricos que antes no se tomaron en cuenta, y rectificarse errores de detalle, aquellas memorias conservan todavía su mérito, y son con justicia apreciadas y contadas entre las más valiosas producciones de la literatura nacional.

En otro orden, la Universidad ha dado impulso a los estudios geográficos. Ha reunido abundantes materiales para la geografía de nuestro país, y ha publicado en los *Anales* descripciones, relaciones de viajes antiguos y modernos, y numerosos mapas justamente apreciados por los que se interesan en este orden de estudios. Algunos de esos escritos revelan en sus autores un notable espíritu de observación, muchos han sido acogidos con estimación dentro y fuera de Chile, y casi todos han contribuido al progreso de la ciencia en más de un punto de geografía física y de climatología. Merecerían que se reuniesen en volúmenes separados, ya que se ha hecho difícil procurarse colecciones de nuestro periódico universitario.

Trabajos de no menor importancia se han preparado en el seno de la Universidad sobre diversos ramos de literatura seria o sobre materias de carácter científico. Algunos escritos de alta y erudita crítica literaria, o memorias sobre cuestiones gramaticales, son una buena y lucida muestra de la labor universitaria. Pero si en ésta no faltan tampoco trabajos apreciables sobre la jurisprudencia y sobre la medicina, es preciso buscar en el dominio de las ciencias exactas y naturales las manifestaciones más claras de la actividad desplegada a impulsos de esta Corporación. Aparte de algunos libros especiales, el periódico oficial de la Universidad ha

publicado centenares de artículos y de memorias, fruto de observación personal y directa, que han llevado alguna luz nueva a diversos ramos de la ciencia. Esas publicaciones han dado a nuestros *Anales* una autoridad que nosotros mismos estábamos muy lejos de esperar. Hoy nos los piden muchas de las academias y universidades más célebres del mundo, enviándonos en retorno publicaciones útiles que pasan a engrosar el fondo ya considerable de nuestra biblioteca. Frecuentemente recibimos cartas en que profesores distinguidos o sabios célebres de países muy lejanos, solicitan tal o cual trabajo dado a luz en aquella compilación.

Indudablemente, no todos los escritos publicados en nombre y bajo el amparo de la Universidad son de un mérito igual. Muchos de ellos, quizá su mayor número, son ensayos rudimentarios que marcan los primeros pasos de nuestro país en el sendero de la buena literatura y de la elaboración científica. Pero esto mismo es un progreso; y hoy, cuando cotejamos aquellos primeros ensayos con los escritos mucho más sazonados de nuestros actuales profesores, no podemos dejar de manifestarnos satisfechos del adelanto que se percibe fácilmente. No olvidemos, por otra parte, que aun en el primer período de su labor, la Universidad estuvo siempre bien representada, que muchas de sus producciones, notables en la época en que salieron a luz, son buenas ahora, y que podemos exhibirlas todavía con justo orgullo. ¿Necesito recordaros que entre los nombres de esos antiguos colaboradores de los trabajos universitarios figuran en primera línea los de Bello y de Amunátegui, de Philippi y de Domeyko, de Pissis y de Moesta, de Lastarria y de García Reyes?

Esa fue la parte ostensible de la labor universitaria; pero, al lado de ella hay otra menos aparente, pero no menos eficaz. La Universidad, en el seno de su consejo y en el seno de sus facultades, ha sido el centro en que se han discutido variadas cuestiones

literarias o científicas que han preocupado los espíritus y que han ejercido saludable influencia en el desenvolvimiento intelectual. No importa que esas cuestiones, aunque debatidas en ocasiones con mucho talento, no hayan llegado a resultados prácticos inmediatos. La discusión y el roce de opiniones diversas, han excitado al estudio en este país en que el estudio tenía tan escasos estímulos.

Todo esto no era más que una parte del programa de trabajos de la Universidad. La ley que la creó, y más directa y concretamente, la ley que en 1879 modificó esta institución, le confiaron la dirección y la inspección de la enseñanza pública. La Universidad ha correspondido a ese encargo con todo el celo que podía exigírsele, y el resultado ha correspondido a sus esfuerzos. Si nuestra actual enseñanza no satisface todavía las nobles aspiraciones de los hombres patriotas e ilustrados que, con seriedad y elevación de propósitos, se interesan por el desarrollo literario y científico en nuestro país, los beneficios alcanzados hasta ahora nos prueban que la labor ejecutada no ha sido estéril, y que debemos tener fe absoluta en el futuro progreso.

La generación actual no puede formarse idea cabal del cambio operado en nuestra instrucción pública en los últimos cincuenta años. Podrían sobre esto agruparse datos fijos, numéricos y estadísticos, por decirlo así, y ellos no darían más que una idea incompleta. A la época de la creación de la Universidad nuestros cursos de estudios legales eran regentados por sólo tres profesores, y no alcanzaban a contar cien estudiantes. Las matemáticas eran enseñadas por otros tres profesores, y el total de sus alumnos, desde el tercer año para adelante, no alcanzaba a doce. Los cursos de medicina tenían igualmente tres profesores, y sólo cinco estudiantes. Toda la escuela de medicina funcionaba en un solo cuarto, situado a pocos pasos del depósito de cadáveres del hospital San Juan de Dios. Todos esos cursos se abrían cada dos años.

¿Sabéis lo que eran los cursos de humanidades hasta 1842? Se enseñaban en ellos casi exclusivamente el latín y los principios tradicionales de filosofía; porque, si bien existían una clase de geografía descriptiva, otra de gramática castellana y otras de francés y de inglés, éstas eran libres, y por tanto, concurridas por reducido número de alumnos. Notad, además, que esta enseñanza estaba reducida a Santiago. En las provincias no existían más verdaderos colegios que los que en modestas condiciones había fundado el director O'Higgins en La Serena y en Concepción, como hermanos del Instituto Nacional de Santiago. Las ciudades cabeceras de provincia que, como Talca y San Felipe, habían aspirado a tener liceos de instrucción secundaria, no habían conseguido establecer más que una escuela con aula de latín y de aritmética. Los que, como el que habla, iniciaron sus estudios en aquella época, os podrían dar amplios informes acerca de la imperfección radical y fundamental de esa enseñanza. Bajo ese orden de cosas, casi todas las ciencias más útiles al hombre, las que más atraen el interés y la aplicación de los jóvenes, y las que más contribuyen al desarrollo sólido de su inteligencia, eran apenas conocidas de nombre, o absolutamente desconocidas.

La Universidad acometió la reforma de aquel estado de cosas con firmeza y con perseverancia. Apoyada más o menos eficazmente por todos los gobiernos que desde entonces se han sucedido, ha podido realizar la transformación que hoy presenciamos. Para ello ha renovado y ensanchado gradualmente todos los planes de estudios, ha creado nuevas clases, ha traído un mayor número de profesores del extranjero, ha enviado a los grandes centros científicos del Viejo Mundo a algunos de sus alumnos más distinguidos, para que, ensanchando allí sus conocimientos, volvieran a Chile a servir en la enseñanza. Este trabajo no podía ejecutarse en un solo día. La reforma ha tenido que implantarse

poco a poco y en la medida de los medios de que era dado disponer, aprovechando la experiencia que se podía recoger de los primeros ensayos, desarmando las resistencias de todo orden que hallaba en su camino, procurando a nuestros establecimientos un abundante material científico, y perfeccionando la enseñanza en cuanto estaba en manos de sus directores.

Si la Universidad, cuando recuerda estos antecedentes, tiene motivos para mostrarse satisfecha de su obra, está muy lejos de creer que debe detenerse aquí. Hemos entrado, es cierto, en una era de verdadero progreso, que nada podrá detener en adelante; pero, nuestra obra está apenas iniciada, y falta mucho todavía para que la instrucción pública sea en Chile lo que debe ser, y corresponda a las necesidades intelectuales de la época en que vivimos.

Al presente, la Universidad está empeñada en una reforma que debe necesariamente producir inconmensurables beneficios. La instrucción secundaria, bastante completa en estos tiempos para su objeto, va a experimentar una importante modificación, no por el recargo de nuevos ramos de estudios, sino por la implantación de nuevos métodos que, a la vez que la harán más provechosa, impondrán a los alumnos menos esfuerzo y menos fatiga. Se trata de suprimir la enseñanza de ramos aislados y, en cuanto es posible, el estudio de los textos, para reemplazarla por la enseñanza gradual y objetiva, por decirlo así, de todos los ramos a la vez, distribuyendo cada año las nociones en conformidad con el desarrollo intelectual de los niños, y haciéndoles conservar, mediante la continuada repetición y la profundidad cada día mayor de las lecciones, los conocimientos que antes podían y solían olvidar después del examen de cada ramo. Este sistema, que en los países más adelantados ha producido excelentes resultados, exige profesores mucho mejor preparados, e impone a éstos

una tarea mucho más activa que la que desempeñaban los maestros según los antiguos métodos, así como hace más atractiva y agradable a los niños la instrucción que se les da. Con toda confianza puede esperarse que el número de alumnos aprovechados de cada clase será en adelante mucho mayor que en el presente.

Esta reforma, cuyos beneficios no eran desconocidos a la Universidad, no había podido plantearse antes de ahora. Faltaba en Chile el conocimiento cabal de los métodos pedagógicos, y eran escasos los profesores a quienes podía encomendarse la tarea de ensayarlos. Hoy, esas dificultades comienzan a desaparecer. El Instituto Pedagógico, establecido con profesores tan inteligentes como experimentados, aunque no ha recibido todo el desarrollo de que es merecedor, principia a producir maestros bien preparados. Las escuelas normales de preceptores, donde el nuevo sistema está implantado, los proporcionan ventajosamente para las clases preparatorias de los liceos. Por fin, algunos profesores de estos últimos establecimientos, abrazando la reforma con entusiasmo y queriendo cooperar eficazmente a ella, han estudiado los nuevos métodos, y comienzan a practicarlos con acierto.

A pesar de todo, plantear esta reforma, mucho más trascendental de lo que parece a primera vista, impone hoy e impondrá por algunos años, un trabajo persistente que es necesario ejecutar y sostener con toda resolución. La Universidad la ha acometido con fe inquebrantable, y ha logrado hasta el presente dominar no pocas dificultades. Tiene confianza en la buena voluntad de muchos de sus cooperadores, y espera dejar planteado antes de largo tiempo el nuevo método en los estudios secundarios. Ellos darán así la conveniente preparación a los jóvenes que quieran seguir con verdadero provecho los estudios superiores.

Pero la Universidad tiene a este respecto vistas mucho más vastas que las de preparar estudiantes universitarios. En la refor-

ma de la enseñanza secundaria que está ejecutando, busca la mayor propagación de conocimientos generales, aplicables a cualquiera ocupación de la vida, así para las carreras del comercio y de la industria como para el ejercicio de las profesiones científicas y literarias. Éste, es verdad, ha sido siempre en principio el objeto de los estudios secundarios; pero el carácter que han tenido éstos a consecuencia de los métodos usados, los habían hecho particularmente teóricos; y si bien se había conseguido corregir en todo o en parte algunos de los inconvenientes más arraigados de esos métodos, como el aprendizaje de memoria, faltaba a la enseñanza un rumbo más práctico y de más inmediata utilidad. Es posible que esta reforma, ofreciendo una instrucción general utilizable en todas las condiciones de la vida, contribuya eficazmente a modificar la vieja preocupación, heredada de la vida colonial y de sus ideas nobiliarias, que considera fin único o principal de la instrucción el llegar a poseer un título profesional.

Esa preocupación, que la Universidad quisiera ver desarraigada, es causa de que el número de jóvenes que en nuestro país se dedican al estudio de la ciencia por la ciencia misma, sea relativamente diminuto. Sin embargo, ese número aumenta paulatina pero incesantemente, y sin duda las facilidades que ofrece la Universidad tienden a hacerlo más considerable. Hay en nuestros cursos superiores el empeño sostenido de mantenerse al nivel de los últimos progresos, y en este sentido no se ahorran esfuerzos ni sacrificios.

En este orden, la acción universitaria no debe detenerse ante ningún obstáculo. Si el ilustre sabio que en su carácter de rector de esta Corporación le trazaba en 1843 el programa de los trabajos que ella debía acometer, volviera hoy a la vida para iluminarnos de nuevo con la luz de su espíritu, tendría que modificar y ampliar considerablemente aquel programa. La ciencia, como

sabéis, ha experimentado en los últimos cincuenta años una renovación, puede decirse así, radical y completa. Al paso que todas las ciencias de observación y de experimentación han ensanchado su campo, y reforzado sus leyes fundamentales con numerosos descubrimientos y con horizontes nuevos, han nacido otras, o se han formulado nuevos principios generales, aplicables a todas. La psicología fisiológica, la sociología, la filosofía positiva, la bacteriología, la química atómica, ciencias o métodos científicos, han venido a comunicar un impulso vigoroso al espíritu humano, junto con el análisis espectral, con la doctrina de la unidad de las fuerzas físicas y con la teoría de la evolución que, deducida primero del estudio de los organismos naturales, ha pasado a explicar los fenómenos sociales, y a producir una revolución en las ciencias políticas y jurídicas, en la inteligencia de los acontecimientos pasados y en la concepción verdadera de la historia de la humanidad. Esta renovación científica ha llegado, en muchos puntos, a conclusiones que son hoy verdades evidentes e indiscutibles, y ha llegado, en otros, a principios cuya comprobación y desarrollo buscan millares de sabios, que seguirán abriendo nuevos y nuevos horizontes. "La ciencia, decía Macaulay, no descansa nunca, porque nunca llega a su destino definitivo. Un punto que ayer era invisible, es hoy su término momentáneo, y mañana será su punto de partida".

Si no se puede exigir que un pueblo relativamente nuevo, más nuevo todavía en la labor científica, y cuya sociabilidad nació bajo un régimen que, según la feliz expresión de don Andrés Bello, estaba en guerra permanente contra la civilización; si no se puede exigir, repito, que ese pueblo tome desde luego una participación inicial en este movimiento, estamos al menos en el deber de estudiarlo y de seguirlo para aprovechar los beneficios que de él se desprenden, para levantar nuestro nivel intelectual y moral, y

para llegar cuanto antes a tomar un puesto de honor entre las naciones cultas.

La ciencia, señores, prepara todos los maravillosos inventos de la industria que desarrollan la riqueza pública y aumentan nuestro bienestar. Destruyendo errores de todo orden, habituándonos al trabajo de observación, y enseñándonos a guiarnos por ésta, desarrolla y fortifica nuestra razón, da firmeza y corrección a nuestros juicios, eleva nuestro carácter y enaltece nuestros sentimientos, haciéndonos superiores a las miserias y a las contrariedades de la vida. La ciencia, por fin, más que todas las otras manifestaciones de la actividad humana, engrandece a los pueblos en el presente, ante el consorcio de las naciones, y les conquista para más tarde la gloria en los fastos históricos de la humanidad.

Trabajemos sin descanso para alcanzarla.

# JUVENAL HERNÁNDEZ J.

## *DISCURSO EN EL CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE*

19 de noviembre de 1942

La sesión solemne conmemorativa del Centenario de la Universidad de Chile se celebró en el Teatro Municipal de Santiago, construido en terrenos que ocupó la Universidad de San Felipe en el siglo XVIII, con asistencia del Presidente de la República D. Juan Antonio Ríos y el Ministro de Educación D. Benjamín Claro Velasco.

LA UNIVERSIDAD DE CHILE CUMPLE CIEN AÑOS DE VIDA. EN UN DÍA COMO hoy, el 19 de noviembre de 1842, el Presidente de la República, General don Manuel Bulnes, y su Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, don Manuel Montt, firmaban la resolución legislativa que daba forma al Reglamento Orgánico de esta casa.

Más tarde, el 17 de septiembre de 1843, cuando el sol de fines de invierno ponía su delgado toldo de oro sobre la ciudad, y cuando las tiernas yemas de los árboles empezaban a lucir la gracia de sus colores, llegaba hasta este mismo sitio —antigua sede de la Universidad Real de San Felipe— una larga, gallarda, emocionada columna de viandantes. Había partido de la Casa de Gobierno. Iban en la comitiva el Presidente de la República y sus Ministros, representantes de los demás poderes públicos y comisiones de los institutos docentes y culturales de la capital.

El desfile brillaba en admirable policromía. A la austera severidad del negro traje de las autoridades, sucedía el dorado de las borlas y mucetas de los doctores de la Universidad dieciochesca de San Felipe; al sencillo vestido talar de los sacerdotes seguía el vistoso uniforme de los militares; al opulento hábito de los prelados acompañaba la levita solemne de los senadores, diputados, profesores y municipales. La marcha de los caminantes resultaba, asimismo, dispar. A los graves y sosegados pasos de los varones maduros, les precedía la columna liviana y ágil de los alumnos del Instituto Nacional. La banda de la escolta del Presidente llenaba el amplio espacio de las calles con la hermosa música, de marciales y rítmicos toques, del Himno Nacional de Manuel Robles.

Por la solemnidad de la ocasión, por la calidad del concurso, por el valor del contenido, ha sido aquel desfile, señores, uno de los más significativos y singulares de nuestra Historia Patria.

Cuando el sol estaba en el cenit, don Manuel Montt declaró

instalada en breve y sobria pieza oratoria esta casa de estudios generales que es nuestra Universidad. Continuó en el uso de la palabra el sabio Bello en un discurso magistral, que trazó para siempre las bases que habrían de informar la tradición de nuestras aulas, y cerró el acto el Secretario General de la Corporación, el poeta Salvador Sanfuentes, leyendo los temas que cada Facultad proponía para los certámenes del año siguiente. Al término de la primera parte de esta ceremonia, veintiún cañonazos, desde los hombros del Santa Lucía, rasgaron el silencio con el vibrante estruendo de sus detonaciones, anunciando a los ámbitos todos de la Nación que la Universidad había nacido.

Pero el acto no terminó en este lugar. La comitiva se puso de nuevo en marcha. Dirigióse hacia el *Domus Dei* catedralicio, para agradecer al Altísimo la nueva creación. A los graves y magníficos tonos del órgano se unieron, en armoniosa musicalidad, los acentos reverentes del himno más solemne de la liturgia católica: *Te Deum laudamus...*

La alegría de aquel momento era natural. Es cierto que la Universidad de San Felipe, hija de su época, fue la necesaria resonancia del medio que le dio vida, y que, con todos sus defectos y limitaciones, hizo el bien que le era dable por la cultura; pero los ideales de la Revolución de 1810, que aspiraba a la liberación del hombre por la educación democrática, no se habían cumplido.

Con su cesación se liquidaba todo un pasado; iba a nacer algo nuevo de aquel auto de fe de una época. Cuando don Mariano Egaña, Ministro del Presidente Prieto, declaraba extinguida a la vieja institución universitaria colonial, no hacía sino abrir las ventanas del ambiente chileno al nuevo espíritu del tiempo, en cuyo clima había vivido él en Europa.

Con la liberación del dominio español, Chile renacía a una

nueva vida social y espiritual. Los primeros años de la República, fueron, necesariamente, los de una lenta formación. La generación que había hecho la independencia, que había luchado contra los resabios coloniales, no podía sino contribuir a estimular toda preocupación por la enseñanza. Así se explica cómo, a la par que preparaba la reconstrucción de la Patria, tras los días de Chacabuco y Maipo, reabrió sus puertas el Instituto Nacional, al que afluían como al caudal madre los diversos cauces, el antiguo Convictorio Carolino, los catedráticos sanfelipenses, la Academia de San Luis, etc.

Mientras el país consolidaba sus instituciones, en ardua lucha contra la explicable anarquía que acompaña siempre a los pueblos recién nacidos, una era de prosperidad contribuyó a prestigiar al país en el continente. Trascendía de nuestras fronteras el eco de los primeros progresos y de una incipiente actividad cultural que alentaba una juventud promisora y la autoridad de muchos hombres ilustres. Los primeros periódicos literarios, los cenáculos iniciales, el arribo al país de algunos emigrados notables, que arrojaban hasta nosotros las marejadas políticas, fue creando un clima propicio para el florecimiento de las letras y para el estímulo de las ideas. Nacía el movimiento literario de 1842, fecha auroral para las instituciones de la República. No es ya tan sólo la enseñanza, cuyo interés representaba "una atención preferente del Estado", según lo establecía la Constitución de 1833, sino que ese anhelo creador que enriquece a los pueblos con el tesoro de las fuerzas espirituales. Los ecos del romanticismo europeo resonaban en Chile en espectaculares controversias, riñéndose en nuestro medio la ardorosa batalla de clásicos y reformistas.

¡Magnífico periplo éste, alrededor de los viejos ensueños de

Europa, que al llegar a nuestras playas se renuevan y vivifican de acuerdo con nuestras modalidades!

A fines de la primera mitad del siglo pasado, los grupos de mayor desarrollo intelectual de la sociedad chilena viven en la misma brega ideológica, hecha la salvedad del distinto medio geográfico y de las razas distintas, que los pueblos más cultos de Europa. Las ideas liberales que cunden en el Viejo Mundo son las mismas que enardecen el pulso de la avanzada juvenil de 1842; las doctrinas y la substancia partidista de los más renombrados escritores de esa época, allende el Atlántico, son las mismas que convienen y ajustan con la propaganda de los más audaces en ese momento interesantísimo de nuestro despertar a una vida ciudadana más alta y conforme con los principios de una verdadera democracia. Los hombres que en Inglaterra y Francia son bandera no sólo de una escuela determinada, sino también de las juventudes de Europa, pasan a convertirse entre nosotros en verdaderos símbolos del pensamiento universal.

La mejor antena de ese movimiento político y literario es don José Victorino Lastarria. Los transandinos ilustres que vinieron a Chile, Sarmiento, Mitre, Alberdi, López, Gutiérrez, Piñero, Peña y Gómez, encontraron en aquel grande hombre el más leal y, al mismo tiempo, el más digno y preparado de sus contradictores cuando la polémica de los estilos agitó la atmósfera de los círculos literarios de Santiago. ¡Tiempos caballerescos en que los enemigos por principios se saludaban galantes al empezar la lucha y se abrazaban fraternalmente después de la palestra!...

No queremos hacer una lista fatigosa de nombres para referirnos a esa generación entusiasta. Bástenos decir que en ese grupo empiezan a surgir, en sus mocedades heroicas, hombres de lo más insigne que ha tenido la América española, como Francisco Bilbao, Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, Alberto y

Guillermo Blest Gana, Manuel Blanco Cuartín, y esa figura apostólica de don Manuel Antonio Matta, que irradia con sus campos luminosos uno de los capítulos más interesantes de nuestra lucha democrática por la libertad civil.

En el remanso del tiempo, apagado el brío y el calor de los hombres que impugnaron la tarea de esos precursores, podemos contemplarlos ahora a través de las nobles perspectivas de la historia con el cariño y el amor que ellos merecen.

Para algunos de aquellos jóvenes de la llamada generación del 42, el destino reservó sitiales de distinción y de respeto. Muchos de ellos, sin embargo, quebraron sus alas antes del vuelo superior, sin fuerzas suficientes para embriagarse en las cimas erguidas de una alta inspiración, sea ésta en las lides jurídicas, sea en los debates del Parlamento, sea en la tribuna pública, sea en la cátedra, sea en el rumor cada vez más tempestuoso de la prensa diaria. ¡No importa!... Ellos, los que nada consiguieron ni lograron en su amor por las formas perfectas del espíritu merecen, también, el recuerdo agradecido de las generaciones de hoy. Fueron aquellos soñadores chilenos —como se ha dicho— cual esos obreros de las catedrales góticas cuya construcción duró a veces más de un siglo. Modestos, resignados con su suerte obscura, iban poniendo un ladrillo sobre otro con la convicción profunda de que no verían jamás su obra realizada; pero sujetos, al mismo tiempo, a la hermosa ilusión de que sus hijos o quizás sus nietos, o no importa qué descendientes suyos, verían un día con los ojos anegados de dicha elevarse augusta en el cielo de Europa la enorme cruz sacra sujeta en su base a la torre más destacada de la magna catedral.

En medio de este cuadro adquiere sus formas la Universidad de Chile. Al franquear sus puertas, asumían las cátedras las figuras

más representativas de la cultura nacional y algunos extranjeros eminentes que se hicieron protagonistas del movimiento: Domeyko, García Reyes, Sanfuentes, Tocornal y Sazié, De la Barra y Gorbea, Egaña, Güemes, Valdivieso y Donoso. El magisterio de don Andrés Bello apadrinaba en su cuna a la recién nacida. Era como el hada madrina que iba a velar por sus primeros pasos y a constituirse en el amparo y guía de su organización incipiente.

Jamás en los anales de la educación chilena hubo un hombre que influyera de manera más definitiva y profunda en los destinos de nuestra Patria. La acción del sabio venezolano como pedagogo, como redactor del Código Civil, como inspirador de las relaciones internacionales, como maestro de la lengua castellana, y en fin, como varón probo y docto, se ha hundido de tal modo en las raíces de la formación republicana de nuestro país, que bien podría llamarse a ésta, su patria de adopción, la patria de Bello. Por mucha que sea nuestra gratitud, nunca hemos de pagar en lo justo lo que este maestro de pueblos hizo por Chile y los chilenos.

Desde los días de su creación, la historia del desenvolvimiento de la Universidad se confunde con la del desarrollo de las instituciones de la República: dura brega contra la obstinación de las fuerzas negativas que coartan los mejores vuelos de la inteligencia.

Pero bien comprenderéis, señores, que estoy en la imposibilidad de hacer siquiera un examen sintético de lo que fueron las actividades universitarias durante una centuria de vida. Apenas si puedo invocar el recuerdo cariñoso de los que me antecedieron en este cargo de honor y de confianza que hoy desempeño por mandato de los señores profesores. Desde la eternidad nos alimenta día a día el espíritu invisible de Barros Arana, Aguirre, Letelier, etc., y nos reconforta la presencia de los que aún viven y comparten nuestros anhelos y esperanzas, sobre todo la nobilísi-

ma figura de don Domingo Amunátegui, que es para nosotros como un símbolo de autoridad tutelar en cuyo corazón se abroquela, como en una armadura de amor, la suave ternura paternal de muchas generaciones de maestros.

Desde entonces maestros y discípulos, en incesante renovación, han ido dejando en las aulas de las distintas Facultades la huella de su paso y el recuerdo de sus voces; las vigilias pasadas en cada época, han formado en el ambiente universitario una compenetración de anhelos superiores semejantes al que ha hecho la grandeza de las universidades europeas, y ha creado en nuestro país la conciencia democrática que ha permitido la evolución institucional, mucho más uniforme e indivisible que las definidas en las constituciones y las leyes. Porque, a pesar de las críticas que alguna vez hayan podido formularse, inspiradas en motivos ideológicos circunstanciales, la Universidad ha realizado una profunda labor educadora a la vez que instructiva, primero en los núcleos bulliciosos de las bregas estudiantiles y después en los estrados profesionales del mundo externo. Es allí donde se construyen las uniones más férreas de la vida colectiva para consolidar, en su medida, la suprema y última armonía de los grupos sociales que las tormentas de nuestra historia política lanzaron a veces, disgregados y antagónicos, hasta hacer peligrar las bases morales de nuestra organización estatal.

Surgida la Universidad en hora muy propicia, ha renovado día a día los frutos, cada vez mejor sazonados, de su intenso cultivo de almas, de su activo taller de inteligencias para los artífices del progreso chileno del presente y del porvenir. Muchos de sus hijos despejaron a costa de cruentas heridas la obscura selva de las discordias lugareñas y de los prejuicios, y muchos han pasado también a la región de los inmortales para señalar a

sus descendientes la ruta de las conquistas necesarias para nuestro desarrollo y grandezas futuras. Porque no ha habido actividad alguna de bien colectivo, durante un siglo de nuestra historia que no haya tenido su origen en el esfuerzo de nuestros laureados. Todos ellos han sido en la vida pública, en la privada, del trabajo o del estudio, incansables obreros del bienestar de la patria común, y una dilatación, en espacios más vastos, de las fuerzas efectivas y espirituales que la Universidad, por sus estímulos, contribuyó a pulimentar y acrecentar en ellos.

A la sombra de esta Alma Mater se ha formado un ejército de maestros que luchan, con la lámpara encendida de la educación, por romper la tenebrosa condición de la ignorancia; los que formulan el Derecho, resguardan la augusta majestad de la justicia y dirigen nuestra organización política; los que en cada minuto de su vida cuidan de la salud pública y amparan con su celo las reservas vitales de la raza; los que laboran en la industria; tienden puentes, trazan los caminos y arrancan codiciosos de nuestra madre tierra sus inagotables tesoros; los que empuñan la mancera del noble arado en la apasible fertilidad de nuestro valle central o su ganado apacientan en las campiñas sureñas; y, en fin, todos cuantos se sintieron penetrados por el ansia suprema de saber y quisieron consagrarse a la ciencia por irresistible atracción de la verdad, en las profundidades del suelo, en los misterios de la vida vegetal o animal, en los azules abismos del espacio, o en los otros abismos, acaso más impenetrables, del alma humana.

Y no lo hicieron por exclusivo espíritu de lucro. En el seno de la convivencia universitaria, afrontando las reacciones de la controversia, aprendieron que la interdependencia social del hombre es un hecho real, susceptible de comprobación directa; que el hombre no lo es todo ni lo puede todo, que la perfección no brota sino del conjunto, de la comunidad. Y si el mundo camina hacia

la negación del hombre como sujeto de derechos para proclamar exclusivamente sus deberes, ya no deben existir las profesiones liberales, y los títulos que la Universidad expide sólo habilitarán para ejercer una función social al servicio de una causa de bien colectivo.

Cada día afianza nuestra Casa de Estudios este concepto educativo. Además de la eficiencia profesional de nuestros egresados, nos interesa su espíritu social. Y éste es, tal vez, el secreto de su fuerza moral y de su prestigio indestructible, que se expande y afianza cada día, porque es la levadura generatriz de todas las transformaciones. Sobre la base inconmovible de la tradición, que es el fundamento de toda patria que aspire a perpetuarse, cada promoción levanta su propia fábrica y representa sus exclusivos anhelos y potencias. Ningún cambio, ningún progreso, ninguna conquista del espíritu la deja indiferente. Es como el arca santa de la cultura chilena cuyo contenido se renueva incesantemente, de generación en generación, de acuerdo con los moldes y las evoluciones del mundo, sobre la cual puede la patria levantar su edificio en la seguridad de que ha de ser eterno.

La Universidad de Chile procura armonizar su medio de acción, exaltando los valores raciales y abandonando todo aquello que no se amolda a nuestras características, descendiendo al seno de la vida chilena misma para acercar la verdad a todo el mundo, es decir, para conocer los propios problemas y tratarlos con amor verdadero. En los estudios universitarios debe dominar siempre el esfuerzo de la inteligencia en la investigación científica, el propósito irreductible de descubrir la verdad por sí misma, la aspiración inquebrantable de descifrar lo desconocido. Ni el maestro ni el alumno serán, de este modo, un mero transmisor o receptor de conocimientos, sino por el contrario, en una aspiración común de perfeccionamiento, ambos han de sentirse prota-

gonistas y cooperadores de una misma finalidad. Por eso he dicho en alguna ocasión que la reforma universitaria, más que motivo de ley, es un estado espiritual que se alcanza por una acción y coordinación inteligente de profesores y alumnos.

Nuestras escuelas e institutos han abandonado hasta donde ha sido posible el espíritu profesionalista que meció la infancia de la cultura chilena, como en el resto de la América hispana. No podían ser más de lo que fueron ni ofrecer otros frutos que los contenidos en su propia savia; pero un impulso renovador ha sacudido los viejos cimientos especulativos para transformarlos en centros de incesante labor experimental de todas las cualidades de la materia, de todas las fuerzas del mundo físico y social, y en un foco de luz y de calor donde germinan y toman formas prolíficas los sentimientos de solidaridad humana en que se funden las sorprendentes evoluciones del espíritu universal.

Sólo así pueden los pueblos ser verdaderos creadores de cultura. La investigación científica es lo que constituye el alma de toda universidad que cumpla honradamente su misión. Formar, desarrollar y estimular el espíritu científico en el ritmo de las generaciones, es ofrecer a la nacionalidad bases inmutables de supervivencia y fortaleza, porque impone la verdad como rasgo de carácter colectivo, enseña a tener confianza en sí mismo, disciplina el carácter en la ansiedad tras la esperanza vivificante, y ennoblece el corazón por la bondad que inculca el trabajo.

Pero, cuando hablamos de ciencia como fuerza colectiva nacional y humana, nos referimos a la ciencia actual y concreta, que estudie los problemas positivos de la sociedad política, en busca de soluciones inmediatas, y en relación con las necesidades del medio social. Si la Universidad no se preocupa del medio social, no es más que un claustro cerrado y exclusivo que no cumple su misión civilizadora y sus fuerzas se perderán en el vacío. Ella está

en la obligación, puesto que representa la cúspide de la arquitectura educacional del país, de procurar la armonía sobre la que se asienta la convivencia humana, modelando sus exigencias, actuando como niveladora de todos los elementos, puesto que el equilibrio y la paz social residen en la conciencia homogénea de los ciudadanos y en la mayor elevación de la inteligencia colectiva.

Una Corporación de Altos Estudios es, pues, un instrumento capaz de obrar sobre el corazón y el cerebro de las distintas clases en que la sociedad prácticamente se divide, y, además, de la obra sistemática que realiza a través de las facultades, practicando la investigación e impartiendo la alta cultura, tiene también el deber de participar al pueblo parte de su esfuerzo creador en la difusión de los primeros principios. Este resultado es el que se alcanza por la extensión universitaria.

La estabilidad y el progreso moral, social y político de una democracia moderna dependen de la difusión de su cultura, y el amor patrio y el civismo verdaderos deben cimentarse sobre un entusiasmo inspirado por la universalización del saber. La influencia del conocimiento en el pueblo, de las verdades científicas enunciadas en la cátedra y renovadas en las posteriores comunicaciones de la extensión universitaria, contienen el estallido de las malas pasiones, moderan los apetitos y los odios insanos que nacen y viven de la irresponsabilidad, al par que engendran una efusión de amor por el bien, el respeto por el derecho ajeno, y abren al país el horizonte de ese reino ideal de paz, de libertad y de justicia con que soñamos siempre todos los que aspiramos hacia los altísimos designios de un mayor bien humano.

Nuestra vieja casa se ha esforzado por cumplir esta responsabilidad social. En el curso de cien años, y sobre todo en lo que va corrido de este siglo, han desfilado por la cátedra libre los más

altos exponentes del pensamiento chileno, de las ciencias, las artes y las letras americanas, y muchos personeros de las culturas milenarias de Europa; y en los bancos de nuestros cursos, conferencias, escuelas de temporada, exposiciones y audiciones, se han sentado miles y miles de ciudadanos, desde las más altas jerarquías sociales, hasta las más modestas, igualados todos en su afán de ir a buscar cultura por la cultura. Así se ha exteriorizado la Universidad de Chile en el ambiente social y político de la nación.

Todo país que tiene el anhelo de perdurar y de salvar su historia, orienta las fuerzas vivas de que dispone hacia fines precisos y determinados, y no existe, de seguro, otra fuerza viva que supere la inteligencia de un pueblo para mover su propio destino. La Universidad es el mejor acicate del progreso nacional, y por eso, nuestros gobiernos, como en todos los países que tienen tradiciones espirituales de siglos, le han otorgado el fuero de su autonomía. Las demás instituciones públicas pueden caer y transformarse al compás de las alternativas sociales o políticas del momento; pero la Universidad, cuyo objetivo se pierde en el infinito, que sirve al interés permanente y supremo del grupo social, debe mantenerse siempre en funciones, haciendo la labor silenciosa de los que buscan el ideal frente a las zozobras de la realidad. La cooperación de la cultura dentro de la organización política se produce espontáneamente, sin más estímulo que ella misma.

La autonomía docente de que hemos disfrutado engendró en nosotros un profundo sentido de responsabilidad para perseverar en los afanes de crear una ciencia nuestra, que no por ser tal, será menos universal ni humana; y la presencia de S.E. el Presidente de la República y sus ministros en esta solemne recordación, que agradecemos como un señalado honor, nos indica que

hemos hecho buen uso del privilegio que nos concedió definitivamente el Estatuto de 1931.

La Universidad agradece también, y aprecia en cuanto vale, la presencia de los señores rectores, decanos y delegaciones de los países amigos, porque ella nos dice que han sido escuchados nuestros requerimientos de cooperación intelectual, y que ya estamos a un paso de formar en este Hemisferio de "Sociedad de los Espíritus" de que hablaba Paul Valery, mucho más fuerte, sin duda, que las alianzas contractuales cuando el sentimiento y la convicción no las sustentan. En la hora dolorosa que vive el mundo que fue la cuna de nuestra civilización, los países de América están obligados a pensar en su propia historia, y a buscar, en las fuentes que les son comunes, los medios para llegar a una paz tan inalterable como verdadera.

He aquí, señoras y señores, en brevísima síntesis, lo que ha sido la Universidad de Chile y lo que aspira a ser en el futuro, a pesar de lo que se ha dado en llamar la "misión de la Universidad", es algo que aún permanece en pie con dos formidables signos de interrogación para pedagogos y humanistas. Mas, si el problema es de urgente trascendencia, y la respuesta continúa en suspenso en los centros de más escogida preparación con que se honra el pensamiento contemporáneo, debemos señalar, sin embargo, que la práctica de los hechos ayuda a reducir los escollos impeliendo a maestros y alumnos a buscar en la penumbra de los sucesos actuales nuevas luces que ayuden a realizar en la Universidad un esfuerzo para encontrar esa ecuación ambicionada que dé a la Patria educandos que hagan coincidir su propio destino con el destino y el interés de la colectividad.

Esta casa, ahora centenaria, ha sido desde los días de Bello, incansable en sus afanes de perfeccionarse. Fue una etapa magní-

fica de las rectorías de antaño que cumplió con honra su ciclo evolutivo.

Pero la sociedad humana es hoy un tren en marcha. El carácter meramente profesional y humanístico de las universidades de la decimonona centuria no satisface los anhelos de la época. La Universidad del siglo XX tiende a preocuparse de las múltiples cuestiones de la vida mundial que hoy enfoca, con potentísimos reflectores, la afiebrada curiosidad de los hombres. Pero estas ansias deben ser dirigidas; esta inquietud de torrente hay que derivarla hacia cauces más hondos, donde las cualidades del pensamiento superior mantengan, como en las normas de la tradición clásica, su jerarquía excelsa. "Es, pues, cuestión de vida o muerte para Europa —opina Ortega y Gasset— rectificar tan ridícula situación. Para ello tiene la Universidad que intervenir en la actualidad como tal Universidad, tratando los grandes temas del día desde su punto de vista propio —cultural, profesional y científico—. De este modo no será una institución sólo para estudiantes, un recinto *ad usum delphinis*, sino que, metida en medio de la vida, de sus urgencias, de sus pasiones, ha de imponerse como un poder espiritual superior frente a la prensa, representando la serenidad frente al frenesí, la seria agudeza frente a la frivolidad y la franca estupidez. Entonces volverá a ser la Universidad lo que fue en su hora mejor: un principio promotor de la historia europea".

Eso que el filósofo ambiciona para su continente, lo soñamos nosotros para Chile y los pueblos de América. En esa brega estamos. Las puertas de la Universidad de Chile encuéntranse abiertas hacia todas las ideas que ennoblecen, en el estudio, el paso de las generaciones; y se abren también para las juventudes de la América toda, aspirando a formar, en el seno acogedor de sus aulas, esa atmósfera necesaria y fraterna que en un día del

porvenir, bajo el signo davídico del Arca de una Alianza decretada ya por las voces de la sangre y del idioma, haga de los pueblos del Nuevo Mundo una sola y grande patria sostenida por la fe de su tradición insigne, auspiciada por la libertad de sus instituciones democráticas, defendida por la fuerza santa del Derecho, que tuvo en Bello un apóstol y en Chile la cátedra primera en que resonaron sus enseñanzas...

Maestro:

Con motivo de cumplir vuestra Universidad cien años de vida, os presento el homenaje de sus autoridades, de sus profesores, de sus egresados y de sus alumnos. Desde la cumbre de la inmortalidad podéis mirar, con la templanza de un dios griego, el luminoso camino recorrido y vislumbrar en la lejanía del horizonte la aurora de la gloria...

# JAIME LAVADOS MONTES

## *DISCURSO EN EL SESQUICENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE*

19 de noviembre de 1992

La sesión solemne realizada para conmemorar el Sesquicentenario de la Universidad de Chile tuvo lugar en el Teatro de la Corporación, con asistencia del Vicepresidente de la República D. Enrique Krauss Rusque y el Ministro de Educación D. Jorge Arrate Mac Niven.

DURANTE LA CEREMONIA DE INSTALACIÓN DE LA UNIVERSIDAD, EL 17 DE septiembre de 1843, el sabio Andrés Bello, en el discurso que pronunció, hablaba de la ley que había restablecido "la antigua Universidad sobre nuevas bases, acomodadas al estado presente de la civilización y a las necesidades de Chile".

Así, desde el comienzo se entregaba a esta institución una misión que por esos años, sin duda, significaba una novedosa y eventualmente arriesgada apuesta. Conseguir el desarrollo de Chile y los chilenos a través del conocimiento y la cultura. No es difícil pensar que esta decisión ha marcado a nuestro país de manera permanente. Además, al extenderse a otras instituciones, ha generado muchos logros de los cuales hoy nos enorgullecemos.

En la época en que se funda nuestra universidad, el acontecimiento mayor que alertaba la conciencia de Occidente era el creciente progreso de la ciencia y de sus aplicaciones, y el de la tecnología con sus profundos efectos sobre la vida y la cultura del hombre, y sobre la evolución de las sociedades. En verdad, en esos momentos estaban en pleno desarrollo los resultados concretos del proceso histórico que conocemos como Revolución Industrial. El conocimiento, que previamente era considerado sólo como una de las nobles actividades del espíritu —que se cultivaba en academias, universidades o al amparo de mecenas—, se había convertido en un factor decisivo de poder y de cambio en las más diversas esferas del quehacer humano.

La Universidad de Chile incorpora al país un nuevo ánimo abierto y flexible. Una metodológica disposición a la permanente revisión de resultados, a criticar y a discutir, pero con la necesaria solvencia, las verdades eternas —que no son tales— y los dogmas que entorpecen o paralizan el ejercicio de la libertad.

Tal disposición ha marcado el carácter inquebrantable y la

nunca terminada búsqueda de esta universidad: readecuarse constantemente para responder, por una parte, al progreso de una ciencia cuyos resultados son por siempre provisorios y, por otra, las evoluciones de una sociedad en continuo proceso de cambio.

Pero esa rica interacción, producida desde entonces, entre la Universidad y el país no es un intercambio mecánico de demandas y respuestas, o una simple superposición de contribuciones más o menos puntuales. La misión que a la Universidad de Chile ha sido encargada, tiene múltiples dimensiones que, con frecuencia, son olvidadas si se mira el mejoramiento de la sociedad sólo en relación con las ciencias, la tecnología y las artes. Un ejemplo evidente es el papel que la Universidad de Chile ha cumplido en el desarrollo y articulación de la identidad nacional, a través de la confluencia en ella, en la universidad, de las variadas pluralidades que constituyen nuestra nación.

La significación más concreta de esta necesaria apertura está en el hecho de que en nuestra institución han podido reunirse, conocerse y enlazarse, a lo largo de estos 150 años, hijos de familias opulentas con hijos de familias de escasos recursos, provincianos y capitalinos, miembros de las más diversas ideologías, religiones y subculturas.

Además, la Universidad de Chile ha contribuido a generar el sistema de educación superior heterogéneo, diversificado y múltiple del que ahora el país dispone. Muchas de las instituciones que lo componen reconocen, de un modo u otro, sus raíces en esta universidad.

Para la Universidad de Chile, este continuo aparecer de instituciones distintas a ella misma, que comienzan a tomar funciones que hasta un cierto tiempo le fueron privativas, se constituye en motivo de orgullo y regocijo. Es en este preciso sentido en el que

podemos decir que la Universidad de Chile ha sido una institución paradigmática en los dominios de su propio quehacer. Porque la deseable y esencial independencia de los retoños que crecen y maduran no sólo mantiene una cierta comunidad de intereses y formas de comportamiento organizacional, sino más bien los especifica en relación con nuevos horizontes y desafíos, en algunos casos de tipo regional, en otros de carácter disciplinario y también, con objetivos o misiones de índole doctrinal.

No es naturalmente posible reseñar en breve tiempo de qué manera la Universidad de Chile ha colaborado al progreso de este país en las diferentes épocas, cada una con su propio nivel científico y cultural, y frente a las variables necesidades que cada tiempo le ha demandado. Tampoco puedo relatar ahora los distintos y a veces dolorosos avatares que la Universidad ha debido asumir, para sostener su misión permanente, a través de los 150 años de su existencia. Sin embargo, creo oportuno recordar que ya desde los inicios hubo otros hombres nuestros que, junto o después de Bello, ayudaron a perfeccionar el derecho chileno, a establecer los fundamentos jurídicos de nuestra convivencia y las bases legales de nuestro desarrollo.

Naturalmente, la libertad y la equidad no se alcanzan sólo por medio de perfeccionamientos jurídicos constitucionales. Para equilibrar democracia, justicia y equidad es necesario mucho más. Por ello este país, a través de nuestra universidad, dio las posibilidades educativas de nivel medio hacia sectores cada vez más amplios, razón por la que me parece justo afirmar que nuestra universidad, con el establecimiento del Instituto Pedagógico y tantas otras acciones, hizo realidad —mucho antes que en otros países del continente—, la formación de una clase media culta, con todo lo que ello ha significado para nosotros en términos culturales, sociales y políticos.

No cabe duda que equidad y justicia sólo son factibles cuando se sustentan en un desarrollo económico creciente. En este ámbito la Universidad de Chile puede mostrar con orgullo su permanente contribución a la minería, la agricultura, el progreso forestal y de las ciencias del mar y la pesca, la creación de infraestructura industrial y de obras públicas, la construcción antisísmica y el adelanto urbano. Y, más cercanamente, el auge de la fruticultura, la informática, nuevas formas de energía, los estudios espaciales con utilización de sensores remotos y la investigación con acelerador de partículas. Nada de esto es posible sin física y química, en sus diversas subdisciplinas, además de edafología, geología y matemáticas y tantas otras ciencias que constituyen el soporte científico fundamental a los desarrollos aplicados.

Los seres humanos no sólo requieren derechos jurídicos, educación o desarrollo económico-industrial, también necesitan un adecuado estado de salud. Este país ha derrotado epidemias, disminuido su mortalidad infantil, mejorado su nutrición y avanzado en las diferentes áreas en donde se libra la permanente lucha entre salud y enfermedad. Todo ello gracias a la capacidad de nuestros profesionales, a la investigación básica y aplicada en ciencias biomédicas y farmacéuticas, en nutrición y tecnología de los alimentos. Cualquier estudio que se realice en relación con estas áreas demuestra la constante presencia, en ellas, de la Universidad de Chile y su gente.

La existencia humana no se agota con el bienestar económico y un cuerpo saludable. Igualmente, el espíritu debe crecer y desarrollarse. Necesitamos conocer nuestra historia y nuestra cultura, explorar el sentido de nuestra existencia, sea en la literatura, el teatro o la filosofía, gozar con las artes plásticas y la música, y también adentrarnos en las profundidades cósmicas o

en la secreta maquinaria de nuestra biología. Todos estos ámbitos han sido posibles para los chilenos, porque la Universidad de Chile en primer lugar y luego quienes le han seguido, han estado ahí para mostrarlos, profundizarlos e incorporarlos a nuestra cultura cotidiana.

En la tercera edición del texto de derecho internacional de Andrés Bello ya se incluían ciertas consideraciones sobre el mar territorial. Desde entonces la Universidad de Chile ha contribuido a afirmar la presencia internacional del país y ha participado en variadas tareas de trascendencia geopolítica. Así, nuestros ex alumnos provenientes de los más diversos rincones de América han sido factores decisivos en el respeto que tradicionalmente nuestra nación ha logrado. Por otra parte, las investigaciones antárticas y subantárticas iniciadas ya en 1906, las actividades de nuestro Instituto de la Isla de Pascua, los trabajos de nuestros investigadores en el Altiplano, llevan a una afirmación académica y científica que, creemos, es el modo moderno de consolidar ciertos derechos territoriales.

He traído a vuestra atención este sucinto recuento con el fin de recordar de qué manera la Universidad de Chile ha tratado de cumplir, permanentemente, la misión que le encargaron sus fundadores y la nación chilena. Esta misión no es difícil de definir. En realidad, verbalizada o no, está y ha estado presente en todos quienes a ella hemos pertenecido. Se trata, en primer lugar, de trabajar por el desarrollo de Chile y su pueblo, pero no sólo, claro está, respecto a las tareas productivas de bienes o servicios. También las humanidades, las artes y la cultura son parte de un desenvolvimiento rectamente concebido. En segundo lugar, de servir a todos los chilenos cualquiera sea su condición económica, política, religiosa, social o aun sus preferencias disciplinarias o profesionales. En tercer lugar, de servir desde el campo de lo

académico, que es el nuestro, al más alto nivel de excelencia posible que podamos lograr.

Sin embargo, nuestra historia, y desde ella nuestro futuro, no quedan bien representados si los limitamos a los contenidos manifiestos de nuestro obrar. Además, es preciso examinar con atención no sólo los temas o áreas del quehacer educativo, social, cultural o económico en los que la Universidad de Chile ha participado, sino también las formas o condiciones a través de las cuales esta función de servicio público ha podido conseguirse. Es ésta una reflexión indispensable, porque da cuenta de asuntos no siempre bien comprendidos y que, a veces, son origen de desencuentros y disensos con los más diversos actores sociales, cuyos apoyos, de un modo u otro, requerimos.

Pienso que lo primero que hay que establecer, para desde allí considerar apropiadamente nuestras actividades educacionales, de investigación y creativas, es que éstas, cualesquiera que sean, no son sino el resultado de un largo y complejo proceso cuya coronación es la realización de cada una de las tareas particulares. Así, pues, se trata de construir una cierta base común a partir de la cual todas las acciones de la Universidad se nutren, y que llamaremos capacidad académica. Ella, como queda dicho, puede manifestarse en acciones educativas, de creación artística y cultural o de investigación científica y tecnológica, según el caso.

Esta reflexión, aunque algo obvia, es capital para comprender acertadamente nuestras acciones o evaluar con justicia nuestros comportamientos de 150 años. En efecto, sin tal capacidad no hubiese sido posible entregar educación de alto nivel, o efectuar investigaciones relevantes a las demandas económicas y sociales o, por último, difundir las variadas expresiones culturales, artísticas o científicas que constituyen la "extensión" en sus diversas formas.

Hacernos competentes en una determinada disciplina ha exigido un cierto tiempo (cinco o diez años según el área) generalmente más largo que el período que los diversos agentes sociales productores de bienes o servicios están dispuestos a esperar, sea que los necesiten para resolver nuevos problemas a través de la investigación o para formar los distintos especialistas requeridos por nuevas tecnologías o nuevos problemas. Por otra parte, esta disponibilidad de saberes, personal e instrumentos debe ser renovada constantemente para mantenerla a la par con el desarrollo mundial de la ciencia y la cultura, aunque no sea con otro propósito que entender lo que los nuevos avances representan y tener la posibilidad de seleccionar y adoptar aquellos más útiles y relevantes a nuestras específicas condiciones.

Esto denota que la presencia de tal capital científico e intelectual sólo puede manifestarse y ser eficaz cuando a él se unen decisiones políticas y empresariales. Pero también significa que arreglos económicos que faciliten exportaciones o estimulen productividad o decisiones destinadas a incorporar innovaciones a la producción de bienes o servicios, no serán realmente efectivos si en el país no existe, en alguna forma, ese capital disponible. En tal caso, no se dispondrá del personal apropiado ni la experiencia que permitan resolver un problema o incorporar la oferta de nuevas tecnologías, ni aun la de analizar sus eventuales efectos negativos.

Pienso que con demasiada frecuencia los chilenos, de distintas posiciones y responsabilidades, consideran las variadas y a veces sutiles expresiones de esta capacidad como algo dado. Algo que aparece casi mágicamente cuando es requerido. Ello no es así. Ha sido y es básico preocuparse e invertir, permanentemente, para disponer de éste, quizás, el más valioso capital que puede atesorar nación alguna. Nuestras ventajas comparativas como

país no han estado fundadas sólo en nuestros recursos naturales, nuestras habilidades de administración o en nuestras sanas políticas macroeconómicas. Han necesitado, además, la existencia de personal bien educado y entrenado, con experiencia técnica, contacto fluido y en consonancia con el avance científico mundial, etc. De hecho, existen países con tantos bosques como nosotros, o con largas costas o importante riqueza minera o con variados climas aptos para la expansión frutícola, que no han tenido el desenvolvimiento nuestro. Por otra parte, hay países casi sin recursos naturales, o con sobrepoblación, o con trágicas experiencias históricas, que no les han impedido alcanzar los altísimos niveles que les conocemos (Japón, Corea, Holanda, Suiza y otros).

Tengo la certeza de que quizás el aporte más significativo que la Universidad de Chile ha hecho al país ha sido la oportunidad con que ha podido desarrollar en cada época capacidades relevantes, acordes no sólo a las necesidades presentes sino también a las futuras. Es claro que para lograr esto último es preciso adelantarse, de algún modo, a su propio tiempo. Estar en el presente instalando lo que "quizás" será útil más adelante. Él quizás naturalmente representa la inevitable cuota de incertidumbre que tiene todo esfuerzo de predicción, sea en el plano científico-cultural o en el económico-social.

Pese a ello y por lo dicho, la Universidad no puede permanecer sólo en el área de seguridad que otorga el cálculo o la predicción del corto plazo. No podría limitar su trabajo a los ámbitos ya consagrados por el éxito, la productividad cierta y los resultados rápidos, sin transformarse en algo distinto de lo que es y ha sido por 150 años.

Hemos mostrado algunos de los horizontes que la Universidad ha descubierto y ocupado. Creemos haber trazado caminos fundamentales para Chile. Pero la historia sigue. Y la misión

entregada por Bello y la imagen de adelantado con que hemos descrito a la Universidad plantean, necesariamente, algunas preguntas: ¿Cuáles son los territorios que deberíamos explorar desde ahora en adelante? ¿A qué desafíos y demandas habrá que responder desde hoy —cuando cumplimos 150 años de vida— y hacia el futuro? ¿En qué consiste en definitiva nuestra permanente modernización?

Se ha destacado la multitud de nuevos problemas, de trascendentes temas o renovados objetivos que la Universidad ha asumido sucesivamente en estos 150 años. Hemos reflexionado sobre ciertas condiciones básicas que han hecho posible esas tareas. Ahora es conveniente indicar que nuestra nunca acabada modernización reposa, además, en dos elementos adicionales. En primer lugar, en la constante adecuación de esquemas organizacionales, sistemas de administración y formas de gestión. No hay duda de que nuevas actividades o distintos objetivos pueden conseguirse de modo más eficiente si es posible acoplar a cada uno de ellos formas de administración y funcionamiento que efectivamente se correspondan con la intimidad de los procesos que se ponen en marcha. No es igual, no puede serlo, la manera cómo se organiza y trabaja con máxima eficacia en un hospital, en un canal de televisión, en un departamento de Biología Celular o en uno de Filosofía o, en fin, en un centro de estudios espaciales.

En realidad, en la multitud de estudios realizados en torno a la Universidad de Chile, a propósito de su sesquicentenario, no se ha destacado suficientemente la variedad de formas de organización y gestión que la Corporación ha adoptado y luego desechado en este largo devenir. Lo único y siempre sostenido en este siglo y medio son sus misiones. Los arreglos institucionales, sean ellos de estructura o sistemas de gestión, han sido casi por naturaleza

variables. Tan pasajeros o estables como los problemas u objetivos que atendían.

El segundo componente que en este sentido debe destacarse es la cultura de la institución. En verdad, cada institución —y sobre todo las universidades y especialmente ésta, tan particular— tienen una manera, un cierto modo tradicional de hacer las cosas, de percibir el mundo propio y el de fuera, de valorar y priorizar las cuestiones que se ponen a su examen. Es sin duda esta especial forma de comportamiento de la organización y de sus miembros una constituyente central de su identidad institucional. Es esta cultura la que puede, a veces, retrasar o impedir importantes modernizaciones o, al contrario, aceptar y estimular cambios indebidos que orientan al fracaso o al desvarío. En estos 150 años la Universidad de Chile ha sufrido ambos procesos, por lo que siempre deberemos asumir y trabajar con esta inevitable circunstancia.

Pero los cambios y las modernizaciones no ocurren de un día para otro en organismos con la complejidad y densidad institucional de la Universidad de Chile. Pasar de una situación a otra, de un estado a otro, es menos llamativo o instantáneo de lo que podría pensarse. Ello, precisamente, porque los nuevos temas necesitan un tiempo para asentarse y ser asumidos, o porque las nuevas formas organizacionales deben ser incorporadas a los viejos tejidos y tradiciones —proceso que por sí mismo genera difíciles acomodos— o, en fin, porque el cambio de cultura interna de una institución estable es un proceso de suyo, largo, fatigoso y lento.

Es en este sentido que se puede afirmar que hoy día no sólo miramos nuestra historia de 150 años sino, además, constatamos, aquí entre nosotros, el futuro que llega y se ha instalado en la Universidad. Permítanme indicar, someramente, algunos de los

programas o acciones que ahora la Universidad está realizando y que se orientan más al futuro, ya presente, que a un pasado inmóvil y lejano.

La Universidad de Chile ha sido pionera en el estudio y diseño de nuevos modelos de gestión. El futuro, en este ámbito, está en el uso generalizado de redes de informática capaces de procesar y distribuir la información en toda la organización. El ambicioso plan de informática de la gestión académica y administrativa, ahora en desarrollo, no sólo nos permitirá una más eficiente gestión, sino que abrirá nuevos caminos a las ciencias de la administración. Los cambios que se avecinan en la empresa del nuevo siglo, en sus modos de establecer el trabajo y en la vida de quienes en ella laboren, son desafíos que hoy la Universidad ensaya y estudia en su propio quehacer.

Otro aspecto en el que ha sido imprescindible innovar constantemente es el de la docencia de pregrado. La rápida evolución del conocimiento y la cada vez más compleja estructura de los problemas y de las relaciones en la sociedad del futuro, exigen formar a los profesionales del mañana con una real capacidad de absorber por sí mismos los conocimientos siempre renovados y, por otra parte, con una visión del mundo que les permita conocer e interpretar adecuadamente la realidad en que han de desempeñarse. Esta perspectiva ha llevado a la Universidad de Chile a reestudiar los mecanismos de enseñanza. De esta manera, en 1994 operará un proyecto de Bachillerato que significará un nuevo enfoque en la formación de los estudiantes universitarios.

Mientras en el pasado el esfuerzo se centró en el desarrollo y fortalecimiento de las diversas disciplinas, la creciente complejidad de los problemas que ahora es necesario enfrentar nos lleva a asumir la, también compleja, interacción que regla la multidisciplina como herramienta indispensable para abordarlos. La Uni-

versidad de Chile ha iniciado una búsqueda de mecanismos y modos de organización con el fin de integrar de un modo sinérgico sus reconocidas capacidades disciplinarias para encarar los nuevos problemas que el desarrollo nacional nos plantea. Es así como estamos materializando un multicentro que albergará diversos centros multidisciplinarios focalizados en áreas problemas. Por una parte, un Centro del Medio Ambiente y Desarrollo Sustentable que abordará integralmente un asunto ya presente en nuestra sociedad. Por otra, un Centro Interdisciplinario de Políticas Públicas que permitirá afrontar emergentes dificultades de la sociedad que, estimamos, serán clave para un desarrollo del país a la par moderno y tecnificado. Finalmente, un Centro de Bioética que centrará su tarea en un tema aún no observable en la conciencia ciudadana, pero que estamos ciertos será en poco tiempo un acucioso desafío a nuestra moral societaria.

Por otra parte, el proceso de globalización de la economía y la internacionalización de los mercados es un fenómeno frente al cual no cabe esperar. La inserción de Chile en los mercados internacionales —que algunos han dado en llamar la segunda fase exportadora— requiere de acciones que hoy la Universidad debe emprender. La innovación tecnológica es, sin duda, la clave del desarrollo económico. Con el objeto de prepararnos para ese futuro ya tan cercano, hemos comenzado los estudios para la creación de un Parque Tecnológico, iniciativa que impulsará a la Universidad, en conjunto con el sector productivo y el Estado, hacia la expansión de novedosas tecnologías y descubrimientos de nuevos mecanismos de transferencia tecnológica. Un proyecto de esta envergadura, cuya materialización tomará, sin duda, varios años, sólo es posible para una institución que, como la Universidad de Chile, entiende el presente como el primer y fundamental paso para alcanzar el porvenir.

La industria, en sus diversas variedades y su imprescindible modernización, es también el objeto de varios de nuestros afanes. La automática y la robótica, las redes neuronales y la emergente supercomputación, son temas en que la Universidad se adentra.

Pero el desarrollo trae aparejado, ineluctablemente, nuevos problemas. Preservar la biodiversidad y los sutiles equilibrios ecológicos nos ha llevado a identificar, desde ya, ecosistemas naturales que habrá que resguardar. Así, desde las alturas altiplánicas hasta las australes regiones antárticas, la Universidad está realizando diversos proyectos en aquellos ecosistemas cuya relevancia económica, geopolítica y estratégica, reclama su apoyo para Chile y sus generaciones futuras.

De este modo, las iniciativas que hemos emprendido para formular políticas de conservación y manejo de recursos en el Altiplano, zonas áridas y recursos forestales, son expresión de nuestra ya sesquicentenaria vocación de servicio al país; similar importancia atribuimos a la necesidad de incrementar la integración cultural del país buscando, a la vez, adecuados mecanismos de protección de las distintas etnias que componen la nación. Isla de Pascua y Chiloé son dos claros ejemplos de nuestra voluntad de impulsar una expresión más unitaria de Chile y su pueblo.

Además, es primordial avanzar en temas sociales de importancia actual y también para mañana: desarrollo y planificación urbana, marginalidad y extrema pobreza, alcoholismo y drogadicción.

Del mismo modo, la Universidad se mueve en torno al arte y la cultura de acuerdo con una opción que obligadamente significa ir más allá de los espacios de lo ya consagrado en los terrenos de la plástica, la música, el ballet, el teatro, la literatura y aun de las manifestaciones más recientes como las artes audiovisuales. Así también, los profundos cambios culturales contemporáneos son

recogidos en la literatura, la filosofía y las humanidades, por lo que es necesario acometer su estudio de modo de entender un mundo que se nos hace cada vez más ajeno e ininteligible.

Pero la modernidad a la que el país se incorpora, o que se nos impone, genera inéditos desafíos que la Universidad, comprometida con un país, debe enfrentar.

Por lo dicho, la Universidad de Chile tiene la obligación de continuar impulsando el progreso nacional a través de la profundización de su competencia científica y técnica. Nuestros sectores productivos serán demandantes de cada vez más innovaciones tecnológicas, aun sólo para mantener su actual competitividad y fortaleza. Deseamos incrementar nuestro desarrollo económico y superar la insufrible pobreza de tantos chilenos, el esfuerzo deberá redoblarse. Al mismo tiempo, nuestros científicos y, a través de ellos, nuestra cultura, nos empujan a ámbitos cada vez más sofisticados y recónditos de la investigación. No es posible sino apoyar el insaciable anhelo de saber más, de profundizar en el cosmos y en el átomo, en la intimidad de la mente y el espíritu, y sobre los mecanismos y propósitos que yacen detrás del movimiento de las sociedades y de las culturas.

Luego de 150 años de explorar las maravillas del universo y de conocer las aventuras y desventuras de la humanidad, estamos lejos del positivismo ingenuo. No se nos escapan los efectos indeseables, con frecuencia inesperados, siempre sorprendentes, de la modernidad. Su esencia es precisamente, el incesante avance de la ciencia y la tecnología y la variedad enorme de cambios que introducen en la naturaleza y en las sociedades y, aun, en nuestros propios e individuales comportamientos y formas de percibir el mundo.

Esto significa que al mismo tiempo que debemos hacer nuestra parte en la modernización de Chile, estimulando e intensifi-

cando nuestras acciones en ciencia, tecnología y desarrollo, debemos considerar y trabajar en relación con sus efectos indeseables que, como indicaba, no siempre resultan evidentes o directos.

Entre estos efectos deseo destacar los dos mayores, que por su impacto y trascendencia están, por una parte, modificando al planeta entero y arriesgando nuestra sobrevivencia y, por otra, influyendo en conductas, valores y las posibilidades de alcanzar paz y equilibrio. Me refiero a la relación entre medio ambiente, desarrollo y calidad de vida, y también a la cultura postmoderna y los riesgos de desgarramiento espiritual que conlleva.

El progresivo deterioro del medio ambiente, el inminente agotamiento de muchos recursos naturales, el empobrecimiento global de la biosfera, el desmejoramiento de la calidad de vida en las grandes ciudades, y el carácter reducible de la condición humana —inherente a ciertos mensajes que estimulan el consumismo y los comportamientos sociales egoístas— han llevado a replantear el concepto, propósito y orientación del desarrollo económico, sustituyéndolo por el de desarrollo sustentable.

Este concepto abre espacio para una variada gama de acciones indispensables. Se trata de rediseñar la gestión y formación política y empresarial, incorporando en ellas valores y orientaciones éticas encaminadas a evitar que en la producción de bienes y servicios no se incurra en prácticas que vayan en desmedro de la vida en el planeta, o que deterioren las condiciones en las que se sustenta esa vida.

Se trata también de la generación y mejoramiento de tecnologías que hagan posible el crecimiento económico dentro de los límites de la capacidad de la biosfera para seguir soportando dicho crecimiento. En una sociedad democrática, con economía abierta, la responsabilidad por un desarrollo sostenible depende más de los valores y acciones individuales que de las decisiones

de un Estado, entidad que tiende a hacerse cada vez más tenue. De esta forma, será preciso educar a la comunidad entera, para crear una valoración especial de la vida y de su entorno con un sentido de responsabilidad y compromiso hacia las generaciones actuales y venideras.

Por otra parte, la apertura de Chile al exterior no es sólo económica o "exportadora". Es total. Significa, además, nuestra necesaria incorporación a la cultura postmoderna que con sin igual potencia ha irrumpido en el mundo en los últimos decenios y lo ha cambiado. No es cuestión que nos guste o rechacemos introducirnos en este salto civilizador. Estamos en él. No podemos evitarlo.

Asociada a la gravitación social de las tecnologías y sus efectos, aparece esta cultura de la postmodernidad que, como se sabe, se caracteriza por una radical desvinculación de las personas y grupos a cualquier sistema de creencias o valores básicos compartidos, sean éstos religiosos, ideológicos o cualquier otra forma de asociación plural.

Los modernos modos de producción, las formas de vida en las grandes ciudades y tantos otros factores asociados a la modernidad, favorecen esta inestabilidad del sentido de pertenencia. Las sociedades tradicionales se disgregan y hasta los vínculos de vecindario y de trabajo se tornan tenues. Tienden a desintegrarse todas las formas de vida asociativa, incluyendo a la más básica de todas, esto es, la familia.

Pero lo más importante de esta "cultura" postmoderna —que se extiende por el mundo— es su especial textura epistemológica. Ella se fundamenta en la heterogeneidad y el desorden, que subyacen a la aparente homogeneidad. Distintos sectores y subsectores se independizan con lógicas diversas con frecuencia incompatibles. La historia ya no es lineal sino compleja, y el futuro

no es planificable en el sentido antiguo de la palabra, sino sólo como probabilidades relativas de futuros. Incluso las disciplinas teóricas se hacen intelectualmente menos estables. La claridad unidireccional de la mecánica de Galileo es reemplazada por la física del desorden de Prigogine o el principio de incertidumbre. Las artes plásticas no son figurativas ni la música "armónica". Ambas se alejan de las intuiciones elementales.

Es en este ámbito donde los estados necesitan hacer sus opciones políticas y la Universidad realiza su tarea científica, educativa y cultural.

Frente a esta cultura caótica, donde el conocimiento es siempre incierto y provisorio, donde se disipan los valores y las lealtades básicas, o se les sustituye por efímeras asociaciones de naturaleza casi tribal —como la pandilla— corresponde a nuestras universidades ocuparse a fondo del problema de la reintegración de la coherencia y unidad del fragmentado espíritu humano.

Sin embargo, hay más. En el horizonte que marca el futuro de la especie humana empieza a aparecer un nuevo campo de igual y probablemente superior ambigüedad. Se trata de los ya presentes avances de la biología moderna, la biotecnología y la ingeniería genética. La fecundación *in vitro* con la aparición de bancos de gametos capaces de sobrevivir más que sus propios progenitores, o la existencia de embarazos en vientres sustitutos, o la utilización de tejidos, por así decir "frescos", de fetos con fines médicos o cosméticos son sólo algunos de los ejemplos que abren innumerables zonas de incertidumbre para las cuales no tenemos claras respuestas jurídicas, políticas o aun religiosas.

El descubrimiento de los fundamentos bioquímicos de la genética ha hecho posible, a través de la ingeniería genética, modificar la memoria ancestral de las especies —incluyendo la nues-

tra—. Ello, claro está, puede servir para innumerables fines benéficos, sea en el campo de las enfermedades hereditarias o en la agricultura o de diversos productos farmacológicos. No obstante, el manejo genético también pudiera ser útil para desarrollar seres humanos de un color diverso al esperable por sus ancestros genéticos, de una capacidad intelectual distinta o de cualquier otra condición que parezca necesario y posible modificar. También, por cierto, podría producir, en forma inesperada, organismos o productos potencialmente dañinos.

Me he detenido en estos ejemplos para mostrar de qué manera han cambiado los desafíos, las demandas y las restricciones que de un modo u otro orientan en el presente, y en el futuro cercano, la manera cómo la Universidad de Chile deberá cumplir su misión de siempre. Para servir al país no se trata ahora sólo de contribuir a extender nuestra democracia o estabilizar nuestra institucionalidad y mejorar nuestra educación secundaria. Tampoco sólo de incrementar nuestro conocimiento geológico o fortalecer nuestro manejo frutícola o innovar nuestra industria exportadora. Además, debemos trabajar sobre los problemas éticos y culturales generados por estos nuevos y trascendentes desafíos de los cuales sólo algunos ejemplos apenas hemos esbozado.

El desarrollo sustentable, la bioética, la cultura postmoderna o las nuevas condiciones económicas y políticas mundiales y nacionales, son temas que a esta universidad, Universidad del Estado de Chile, ahora le corresponde asumir. No podemos hacerlo sin acudir, como siempre en estos 150 años, a reformas de nuestras propias estructuras, y sin las consiguientes renovaciones de nuestros laboratorios, sistemas de enseñanza y métodos de acción. Estos nuevos cambios requerirán modificar, otra vez, nuestra cultura institucional, acomodándola al signo de los tiempos.

Así, junto con aportar al desarrollo de la ciencia y la tecnología, a la formación de profesionales y graduados, la Universidad de Chile deberá enfrentar estos aspectos de la modernidad a través de una investigación y una docencia que incorporen visiones de síntesis, que reúnan el rigor del científico con la formación del humanista. Que asuman el imperativo ético de no claudicar ante un progreso que es indispensable, pero que tiende a cerrarse en sí mismo y que excluye al hombre —a todo el hombre— de los presupuestos de su funcionamiento.

Por esto, al celebrar el sesquicentenario de la Universidad de Chile, más que sólo recordar nuestro pasado, debemos rescatar de él la sabiduría y la entereza acumuladas en este largo tiempo. Sin duda, las necesitaremos para cumplir nuestra misión en la perspectiva de un ambiguo futuro. Promisorio pero con inéditas oscuridades, que abre posibilidades claras de bienestar material junto a peligros ciertos de menoscabo espiritual. Estoy seguro de que esta vieja casa, afirmándose en sus más caras tradiciones y en su particular modo de abrirse al porvenir, encontrará los medios de brindar al país un futuro moderno y sustentable, con bienestar material y también humano, profundamente humano.

# Colofón

Este libro se publica
en conmemoración del Sesquicentenario de la
UNIVERSIDAD DE CHILE
La edición consta de 999 ejemplares, de los cuales los primeros 50, numerados del I al L, están destinados a los miembros del Consejo Universitario de la Universidad de Chile y a los Directores de la Editorial Universitaria. Los 949 ejemplares restantes, numerados del 1 al 949, serán destinados a la venta.
Se terminó de imprimir el 18 de octubre de 1993 en los talleres de la Editorial Universitaria sobre papel Chambril de 90 gramos de la *Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones* de Puente Alto.
Se ocupó tipografía Palatino, cuerpo 11/16 a 26 picas.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de don Eduardo Castro Le-Fort, y el proyecto tipográfico pertenece a don Alejandro Pérez Sáez.

Colección
LUCRA DE SERIE

EDITORIAL UNIVERSITARIA